

LOS[®]

CUIDADOS SE HACEN EN MOVIMIENTO

Historias de movilidad cotidiana en Venezuela



Coordinación General:
María Luisa Campos Ríos

Edición:
María Luisa Campos Ríos
María Vallejo
Juan Andrés Carderera

Prólogo:
Nelesi Rodríguez

Periodistas:
María Angela Arellano
María Vallejo
Dayanna Palmar
Gregoria Díaz
Ismar Linares
Andrés Cañizalez.
Jushedith Venales
La vida de nos

Audiovisuales:
Alejandro Andrade
Azael Sifontes
Zeus Hernández

Diseño y diagramación:
Geo Velasquez

Agradecimientos:
Universidad Central de Venezuela, especialmente a la antropóloga Nashla Baez.
Mamacitas en Bici, en especial a su fundadora Eliana González.
Organización de Mujeres Indígenas Yukpa ORIPANTO OAYAPO TÜONDE.
MUJERES DEFENSORAS DEL TERRITORIO, en especial a Tatiana Arcos.
Verónica Colina y Cristina Ciordia.
Centro de Justicia y Paz, CEPAZ.

Este trabajo tiene derechos de autor de Resonalia bajo una licencia internacional Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)



Índice

Prólogo

Introducción

- Moverse para cuidar(se) en una ciudad hostil
Dayanna Palmar
- Un trabajo de cuidado que se extiende por más de 500 kilómetros. **María Jesús Vallejo**
- Me ponía triste con todo lo que oía.
Andrés Cañizalez.
- A mi casa y a mi carro los inundó el Lago de Valencia. **Gregoria Díaz**
- Los Yukpa: una historia de supervivencia en medio del conflicto y la discriminación
Dayanna Palmar
- A través del dragtivismo encontré mi esencia como mujer. **María Angela Arellano**
- Los retos de una joven universitaria que vive y estudia en ciudades diferentes **Maria Jesús Vallejo**
- Vaya, para yo decir que usted es mi hija.
Ismar Linares
- Siete mudanzas, siete camas y una maleta difícil de cargar. **Jushedith Venales**

PRÓLOGO

Es un honor para mí ofrecer unas palabras para enmarcar esta serie de valiosas narrativas que suman a los esfuerzos y compromiso sostenido de Resonalia a documentar y crear oportunidades para mejorar las condiciones de las movilidades en Venezuela desde una perspectiva de género. La reflexión a continuación la ofrezco desde mi posición como mujer venezolana migrante, feminista interseccional, cuyo trabajo presta atención al entrelazamiento entre las prácticas de movimiento y los procesos de aprendizaje formales e informales.

Hace algún tiempo, unx amigx que ya no nos acompaña en este plano me dijo en el contexto de una conversación sobre la relación entre sus prácticas somáticas y su crecimiento personal: “El movimiento trae más movimiento.” Esas palabras han seguido resonando en mi experiencia a través de los años y volvieron a mí una vez más mientras leía los testimonios contenidos en este reporte. El movimiento trae más movimiento, y de la misma manera su deterioro o ausencia limita nuestra experiencia. En “Los Cuidados se Hacen en Movimiento: Historias de Movilidad Cotidiana en Venezuela,” leemos cómo las crisis del petróleo y el transporte público (amplificadas por la pandemia del Covid-19) no solo representan obstáculos para las personas moverse de un punto geográfico a otro. Especialmente en el caso de las mujeres, estas trabas con frecuencia también se traducen en mayores retos para completar sus trayectorias de aprendizaje, para alcanzar independencia económica, o para preservar espacios de libre expresión y autocuidados--también formas de movilidad, en el sentido más amplio del término.

El enmarañamiento de nuestras movilidades más allá de su dimensión más cotidiana es un tema que especialistas en el campo de la equidad de movimiento (“mobility justice” en inglés) han venido estudiando en décadas recientes. Mimi Sheller, una de las voces que ha dado forma a este campo de estudio, insiste en reconocer la relación que existe “entre las vulnerabilidades

corporales personales, la lucha por el espacio urbano y el refugio, la fragmentación de los sistemas infraestructurales, la gestión de regímenes de ciudadanía desiguales y fronteras, y los impactos dispares de los riesgos medioambientales planetarios” (xiv)¹. La interdependencia de estas y otras dimensiones de las (in)movilidades (el término utilizado por Sheller) es innegable en la constelación que emerge a partir de los relatos que forman parte de “Los Cuidados Se Hacen en Movimiento.”

Esta serie de testimonios, así como esfuerzo que Resonalia ha hecho para recopilarlos, es realmente significativo, especialmente en un contexto en el que hay muy poco soporte institucional para realizar este tipo de investigaciones, y en el que quienes comparten y recogen este tipo de información quedan a cambio vulnerables a retaliación por parte del Estado venezolano. Aun así, diversas organizaciones en el territorio nacional insisten en la importante labor de documentar las muchas dimensiones y complejidades de vivir en medio de la crisis humanitaria compleja que atraviesa Venezuela (en este reporte, además de narrativas individuales, podemos encontrar enlaces a estudios realizados por diversas agrupaciones en el territorio nacional). Las particularidades de esta situación y las maneras en que personas con distintos lugares de enunciación las experimentan son difíciles de capturar a través de enfoques cuantitativos. Es aquí donde las narrativas individuales, enfocadas desde una perspectiva de género, presentan oportunidades para desarrollar una comprensión más granular del impacto de los múltiples factores que contribuyen a la crisis en la vida misma.

Más allá de su insistencia en el testimonio personal como evidencia (en consonancia con la máxima feminista “lo personal es político”), vale la pena prestar atención a algunas de las ideas que conectan la muestra que encontramos en “Los Cuidados se Hacen en Movimiento”:

La importancia de perspectivas feministas interseccionales: Los relatos compilados en este reporte nos ayudan a entender cómo las movilidades y los cuidados son concebidos y practicados de maneras particulares de acuerdo con las diferentes dimensiones identitarias que atraviesan a las mujeres acá entrevistadas. Los retos a la movilidad de las mujeres indígenas no son los mismos que las de los de las mujeres afrolatinas, los de las mujeres trans, los de las niñas o los de las mujeres en la tercera edad. Es importante entender estos puntos de convergencia y divergencia para poder apoyar(nos), defender(nos) y cuidar(nos) sin asumir la uniformidad como pre-requisito.

La consideración de las movilidades rurales y su interconexión con las movilidades urbanas: Los relatos que forman parte de “Los Cuidados se Hacen en Movimiento” cuestionan el binario urbano-rural al mostrarnos las maneras en las que estos contextos están entrelazados en muchas de las historias sobre movilidad y cuidados acá recopiladas. Con frecuencia, estudios de la movilidad se enfocan mayoritariamente en territorios urbanos. Este reporte ofrece pistas para entender como las movilidades y los cuidados circulan más allá de las ciudades venezolanas.

El estudio de las (in)movilidades más allá de (y atravesadas por) la crisis migratoria: De manera similar al punto anterior, este reporte redirige nuestra atención a distintas aristas en el tema de las movilidades y cuidados en Venezuela que más recientemente se han visto apabulladas por la urgencia y dimensión del éxodo venezolano. En los testimonios de “Los Cuidados se Hacen en Movimiento,” la migración es uno de los hilos, mas no la totalidad, de la maraña de retos a las movilidades que las mujeres venezolanas sortean en su cotidianidad.

La atención a las redes humanas como eso que puede facilitar el movimiento en medio de los obstáculos: En muchos de estos testimonios, es evidente el papel central que las redes humanas juegan en la facilitación del movimiento. Estas redes a veces toman la forma de familia extendida, otras veces son organizaciones no gubernamentales, colectivos organizados, o simplemente amistades.

Siempre, pero especialmente en el contexto de un Estado debilitador, es importante recordar(nos) que no somos islas y que frecuentemente se puede lograr más a través del apoyo mutuo.

“Los Cuidados se Hacen en Movimiento” es una gran contribución, pero aun queda mucho por documentar, mucho por investigar, mucho por proponer. Que este reporte sea una chispa que avive o que encienda muchas otras iniciativas para movernos y cuidarnos con más libertad y justicia. El movimiento trae más movimiento.

Nelesi Rodrigues, PhD
Octubre, 2023

INTRODUCCIÓN

En Resonalia tenemos una especial relación con el movimiento. Desde 2011, cuando comenzaba el gen de lo que somos hoy como organización, venimos reflexionando sobre la importancia de utilizar el enfoque de géneros para analizar nuestra forma de transitar, habitar y vivir nuestros espacios públicos. Este compendio de historias es nuestra manera de profundizar en la relación que tienen la movilidad cotidiana y la vida de las mujeres, haciendo visible como nuestras formas de transitar el espacio están mediadas y diferenciadas por los roles que la sociedad nos asigna.

La movilidad cotidiana se define como la suma de los desplazamientos que hacen las personas durante la jornada, con el fin de llegar a los lugares donde realizan diferentes actividades (puesto de trabajo, centros escolares, oficinas municipales, servicios, etc.). Tal como lo afirma Zuchinni las mujeres, en general, presentan unas características relacionadas con la movilidad que las diferencian de los hombres, realizando viajes poligonales que les permiten incluir en su trayectoria el sostenimiento de las cargas de cuidado dentro de sus núcleos familiares. A estos movimientos asociados al cuidado y mantenimiento de la vida, así como la atención de niños, ancianos y personas dependientes se le denomina movilidad de cuidados. Estas actividades que están relacionadas con el rol social que todavía se les otorga, implican la ocupación casi exclusiva de las tareas domésticas y de cuidado de las personas a su cargo.

En el contexto de una emergencia humanitaria compleja (EHC) que ha influido en el colapso de los servicios públicos, y un mundo post COVID, juntar los enfoques de género y movilidad permite preguntarnos acerca de la calidad y complejidad de los viajes cotidianos para acceder a agua,

²Elena Zucchini, «Género y transporte: análisis de la movilidad del cuidado como punto de partida para construir una base de conocimiento más amplia de los patrones de movilidad. El caso de Madrid» (PhD Thesis, Arquitectura, 2015), <http://oa.upm.es/39914>

³Inés Sánchez de Madariaga, «Transporte metropolitano y grupos sociales: propuestas para una mejor planificación», Report for CEDEX. Madrid: Ministry of Infrastructure, 2009.

gas, leña o bolsas de comida CLAP, pero además, sobre cuáles son las condiciones, distancias y dificultades que encuentran las mujeres, niñas y adolescentes para acceder a alimentos de calidad, servicios básicos de salud, empleo y educación, etc. La suma de las crisis ha puesto de relieve la importancia y centralidad de los cuidados para el mantenimiento de la vida, así como la necesidad de mejorar la atención a las mujeres y personas que realizan trabajos de cuidado incorporando servicios y políticas que permitan conciliar la vida personal con la difícil carga de cuidar.

Este libro y el documental que surgió de las entrevistas realizadas por más de 9 meses de trabajo e investigación, tiene como objetivo hacer visible y posicionar en la agenda pública el invisible trabajo de cuidados diarios que realizan muchas mujeres y cómo este se intersecta con sus movimientos cotidianos, influyendo en el desarrollo de sus vidas profesionales, sociales, económicas, académicas, culturales, sociales, etc.

Para esta labor de documentación nos hemos juntado con un grupo de mujeres periodistas que trabajan con un enfoque feminista. Algunas de las mujeres que leerán a continuación, cuentan con una línea de investigación en desarrollo sobre diversos temas que involucran a las mujeres venezolanas, por lo que el abordaje de los relatos estuvo acompañado de su sensibilidad sobre el tema. Sin embargo, durante el desarrollo del proyecto nos encontramos varios retos importantes sobre cómo promover una “narración de la movilidad cotidiana”. A las periodistas se le dieron una serie de indicaciones para el abordaje, que iban desde visibilizar los medios, estrategias, violencias experimentadas, así como la relación con las infraestructuras que facilitan o impiden la movilidad, las condiciones antes, durante y después de la pandemia, variación de los precios en el acceso a los servicios de transporte y el impacto psicológico que todos estos factores tienen en ellas. Sin embargo y a pesar de promover diferentes conversaciones al respecto, nos encontramos con que “la movilidad” es una de esas tareas absolutamente naturalizada que a menos que tengamos algún impedimento físico, el cerebro nos da una mano “automatizando” y haciendo

inconsciente esta función tan compleja, por lo que a lo largo del proyecto tanto entrevistadas, entrevistadoras y equipo de coordinación, fuimos invitadas a problematizar nuestra relación con el movimiento y, por supuesto, con las innumerables violencias vividas como mujeres durante los trayectos cotidianos.

Lo que leerán a continuación, forma parte de ese aprendizaje generado en conjunto y que esperamos que sirva a ustedes, lectoras y lectores, como medio para comprender y narrar la movilidad cotidiana con la urgencia que tenemos las mujeres, niñas y adolescentes de todo el país de la implementación y desarrollo de políticas públicas que nos permitan cuidar y simultáneamente, permitirnos ser las personas que queremos ser.

María Luisa Campos Ríos
Juan Andrés Carderera Uzcátegui

Fotografías: Noiralith Molero

**MOVERSE
PARA
CUIDAR (SE)
EN UNA
CIUDAD HOSTIL
DAYANNA PALMAR**



LA PANDEMIA QUE DETUVO EL MOVIMIENTO

En el occidente de Venezuela, se encuentra el estado Zulia. Este territorio fue alguna vez sinónimo de la riqueza petrolera del país.

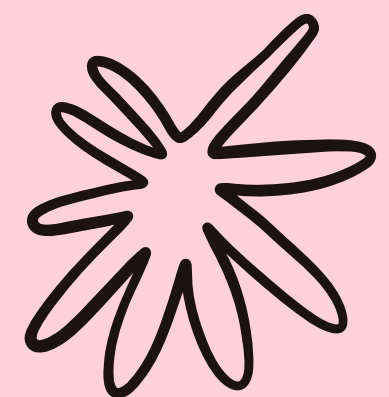
Fue el estado que abrió paso a la industrialización petrolera, fue ahí donde se hizo el descubrimiento del pozo Barroso II en diciembre de 1922. Este hecho fue el que confirmó para Venezuela un subsuelo rico en petróleo y dio inicio a la producción del mineral que por mucho tiempo le dio riqueza al país.

Pero, desde hace varios años es el estado que sufre de forma diferenciada el desabastecimiento de combustible y, por tanto, sus habitantes enfrentan problemas para moverse. Nos basta con conocer las historias de Loiralith y Noiralith, parecidas en nombres y en las cargas cotidianas que deben sortear para hacer las actividades más sencillas de supervivencia: ir al supermercado a comprar alimentos, o ir a la farmacia por medicamentos. Cuidados asociados a sus roles como mujeres.

Las dificultades de movilidad en el Zulia se agravan en el contexto de la emergencia humanitaria compleja y se recrudecieron en el tiempo de la pandemia. Esto multiplica las necesidades de las familias y hace cada vez más cuesta arriba el ejercicio de vivir. Y de vivir bien.

Loiralith Chirinos es profesora universitaria y activista por los derechos humanos. La resiliencia no solo la demuestra a través del ejercicio de su profesión, sino en los esfuerzos que realiza para hacer memoria de la parte más aguda de la crisis. También la demuestra al cuidar a su familia.

Cuando se le pregunta sobre la situación de movilidad durante la pandemia por Covid-19, la recuerda como “dramática” y explica cómo se agudizaron las estrategias de supervivencia para acceder a los alimentos y las dificultades para moverse en vehículo.



“Las mujeres nos vimos limitadas para ir al trabajo, o para comprar los bienes necesarios para nuestros hogares. Las horas para llenar el tanque de gasolina podían ser días”, manifiesta. Ella, que se movilizaba en vehículo, dejó de hacerlo debido al sacrificio que implicaba para su calidad de vida.

La crisis energética por el desabastecimiento de combustible en el Zulia no es nueva y sus causas son la caída de la producción de Petróleos de Venezuela (PDVSA) y las consecuencias de las sanciones para el comercio exterior de la empresa estatal. En la región zuliana, las colas para llenar de gasolina los vehículos pasaron de 4 a 12 horas desde 2019. Paulatinamente, esas colas tomaban días y cada vez era más difícil movilizarse en la ciudad. Con la pandemia, el transporte público en Maracaibo se hizo más escaso y el privado llegó a precios muy costosos.

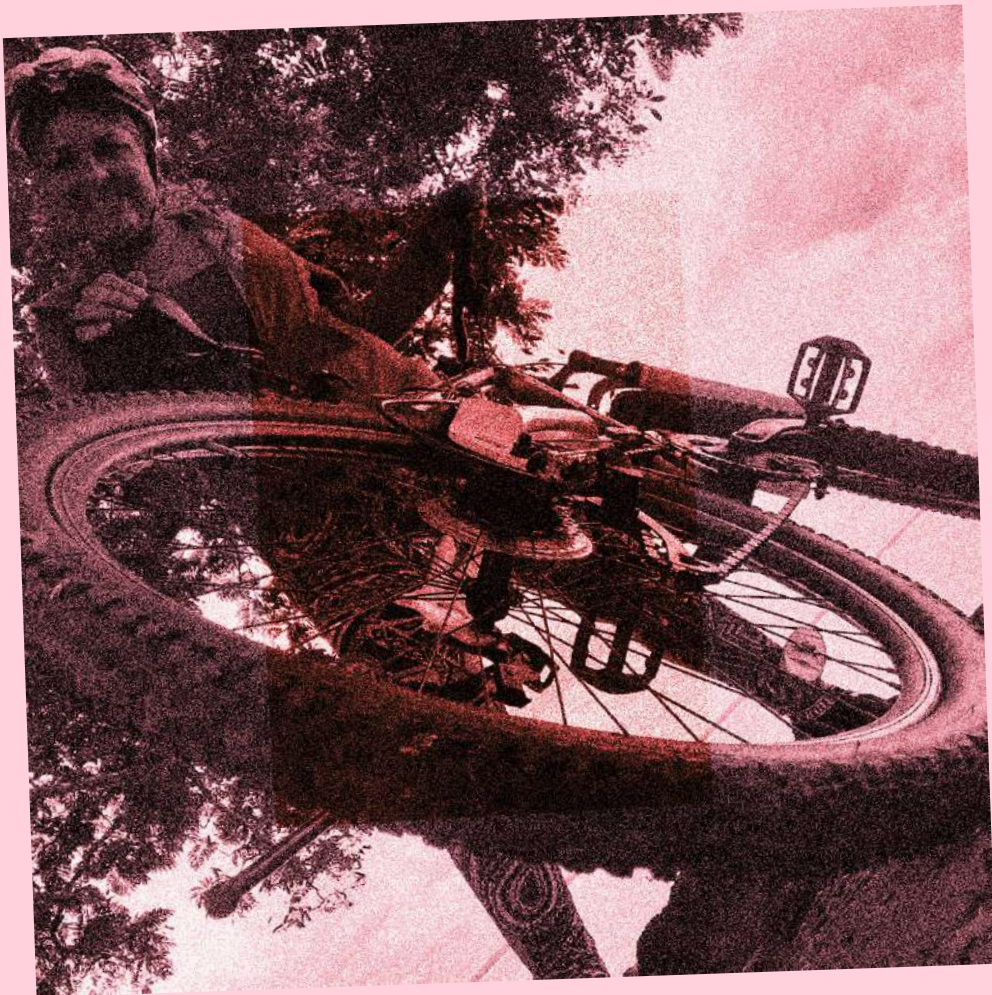
“Las mujeres se trasladaban a pie para su trabajo o para ir al mercado. No hubo datos de cuántas mujeres sufrieron hurtos o fueron víctimas de violencia mientras hacían estos trayectos”, comenta la profesora universitaria con indignación.

Durante la pandemia, era común observar mujeres caminando con bolsas de comida desde los mercados y las ferias populares. El cuidado y la alimentación en Maracaibo, la capital del Zulia, tiene rostro femenino, así lo evidencia una encuesta de la Comisión para los Derechos Humanos del estado Zulia (Codhez) de 2020, pues la carga de preparación de alimentos corresponde a las mujeres en un 63%.

Como hábito de compra de alimentos durante los meses más agudos de la pandemia, esta misma encuesta reveló que, en julio de 2020, debido a la falta de transporte público y escasez de combustible,

en el municipio San Francisco en Zulia, 85% de las familias se trasladaba a pie para llegar hasta los establecimientos de venta de alimentos,

en comparación con apenas 6% de ellas que reportó usar su vehículo.



Entre tanto, en Mara, un municipio que se circunscribe como parte de la Guajira venezolana y territorio de la población indígena wayuu, 75% de las familias reportó que durante este período de la pandemia se trasladaba a pie para comprar alimentos. En Maracaibo esto lo hizo el 67% de las familias, en contraste con sólo el 26% que reportó usar su vehículo para hacer compras de alimentos. Sólo el 1% de los hogares zulianos se trasladaba en transporte público para ir a comprar alimentos. La mayoría lo hizo a pie.

Esta situación para procurar el acceso a los alimentos, no cesó con el tiempo de la pandemia. Hoy en día, cada familia asume estrategias para el acceso a los alimentos, unas llegan a ser extremas que otras, pero en todas, se requiere una planificación previa a la hora de comprar alimentos.

“Como hermanos nos repartimos la responsabilidad de velar por el cuidado de la casa materna. Cada uno hace la compra de alimentos de manera semanal. Una semana le toca a mi hermana, la siguiente a mi hermano y luego yo. Cada uno se organiza para que una sola persona no sea la que asuma la responsabilidad del hogar”, comparte Loiralith sobre la experiencia en su familia.

LA BICICLETA COMO ALTERNATIVA

Para cubrir esta necesidad, los hogares zulianos, como el de la profesora Loiralith, deben completar dos tareas para lograr la meta de llevar comida a la casa: primero, surtir de gasolina el tanque de su vehículo y, luego, tener la capacidad económica para satisfacer las necesidades de la dieta alimenticia.

“Cada vez los alimentos aumentan de precio, incluso los alimentos más básicos, lo que genera que el presupuesto no sea suficiente cada mes, cada semana o cada cuatro días”, comparte Loiralith.

Para el año pasado, otra encuesta de seguridad alimentaria y medios de vida realizada en 2022 por Codhez, develó que el 60% de los hogares en el Zulia compra sus alimentos en abastos. Esto en razón de dos causas: la primera, porque se trata de compras diarias que es lo que cubre la capacidad adquisitiva; la segunda, porque no tienen cómo trasladarse a sitios como supermercados o ferias de comida.

Otra historia de movilidad en Zulia es la de Noiralith Molero. Es una mujer marabina de 52 años que se dedica al comercio. Desde 2020, en el contexto de la pandemia, empezó a usar la bicicleta para movilizarse debido a una atrofia en su tobillo y las dificultades de usar su vehículo.

Antes, usaba su carro particular con mayor frecuencia, pero el desabastecimiento de combustible y las reparaciones que necesita su vehículo lo han mantenido en el taller. La bicicleta ha sido su alternativa para suplirse de los bienes más básicos.

“La uso para ir a la farmacia y comprar cosas del mercado, no muchas, pero algunas. Por el tamaño y peso no se puede hacer una compra completa. Le puse una cestica a la bicicleta pero allí no se puede hacer todo. Lo hago por parte”, expresa.

Ella es vecina del sector Delicias y 5 de Julio, una de las principales avenidas del centro urbano de Maracaibo. Estar en uno de los principales sectores de la ciudad hace que su movilidad cotidiana sea rápida en tiempos de recorrido debido a la cercanía con comercios y farmacias.

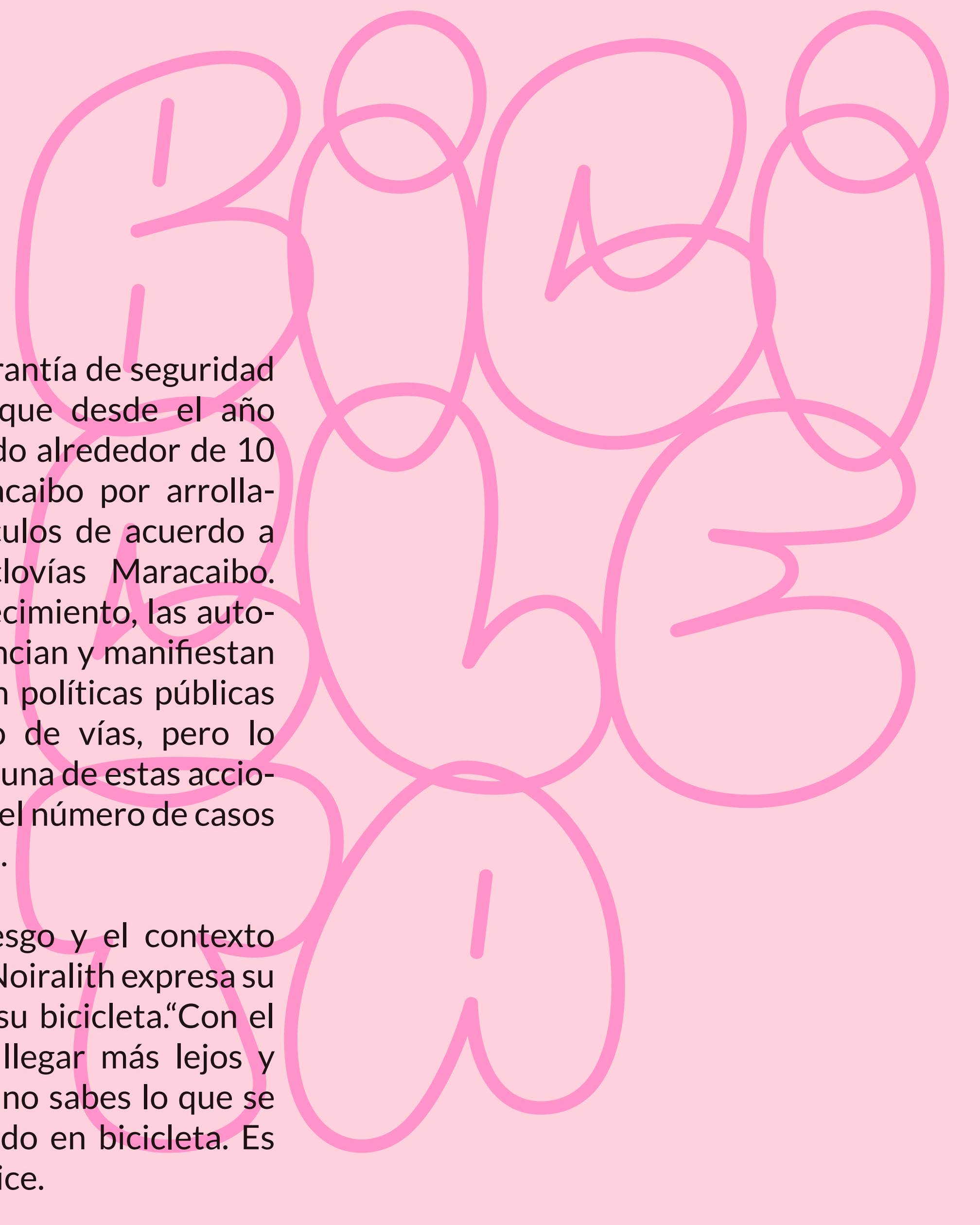
Noiralith cuenta que sus trayectos en bicicleta para hacer las compras diarias pueden ser de 15 minutos o menos. “La gran mayoría de las calles en estas zonas de la ciudad se encuentran asfaltadas y en buenas condiciones. Aquí lo que necesitamos es una ciclo vía”, comparte a modo de crítica.

Para ella, la falta de conocimiento sobre la cultura de la bicicleta y la movilidad sostenible es la problemática más grande para los ciclistas en Maracaibo. Los conductores, motorizados y el transporte público de la ciudad acaparan las vías y no son respetuosos con los ciclistas.

Puedes tener conocimiento y habilidad para manejar bicicleta, pero el tráfico es terrible. Me han pasado bastantes incidentes con choferes, que vienen manejando en sentido contrario, se atraviesan... me ha pasado muy seguido y eso es muy peligroso

Como medida de protección, Noiralith es muy precavida manejando bicicleta: está pendiente de los vehículos que vienen a su lado y los que vienen por atrás. Pero las mujeres ciclistas no deberían asumir todas las precauciones de manera personal, pues una política pública del gobierno municipal y estatal podría hacer las condiciones más seguras para ellas.

La medida urgente que ciclistas como Noiralith exigen a las autoridades es la implementación de ciclo vías en las principales avenidas de la ciudad. Si bien las calles son angostas, existen alternativas que puedan permitir la libre circulación de ciclistas. También se pueden hacer campañas educativas para la ciudadanía en el respeto a los ciclistas y su derecho a moverse en la ciudad.



Esto le otorga garantía de seguridad y movilidad, porque desde el año 2020, han fallecido alrededor de 10 ciclistas en Maracaibo por arrollamientos de vehículos de acuerdo a reportes de Ciclovías Maracaibo. Ante cada acontecimiento, las autoridades se pronuncian y manifiestan que trabajarán en políticas públicas de ordenamiento de vías, pero lo cierto es que ninguna de estas acciones se concreta y el número de casos sigue en aumento.

Aún con este riesgo y el contexto hostil de la calle, Noiralith expresa su encanto de usar su bicicleta. “Con el vehículo puedes llegar más lejos y más rápido, pero no sabes lo que se siente cuando ando en bicicleta. Es impresionante”, dice.

“Le digo a todo el mundo que conozco que use la bicicleta. Sin embargo hay gente que te critica y te dice ‘Mi alma, ahora andas en bicicleta’, pero es que tú sientes más libertad y observas con más detalle los sitios a donde vas”, relata con acento maracucho y emoción en su voz.

La ciclista zuliana de 53 años cuenta que su más reciente aventura fue una rodada a los acantilados del Cacique Nigale en el municipio Mara junto a otros ciclistas urbanos. Define la experiencia como “fascinante”. Ese día, logró recorrer 67 kilómetros rodando en bicicleta.

Para ella, las limitaciones de la ciudad no han sido obstáculo para su espíritu resiliente y libre. Ella es un ejemplo de movilidad sostenible y de una ciudadana feliz en dos ruedas, que no sólo ha encontrado en la bicicleta un medio de libertad, sino uno que también le permite procurarse para ella y su familia alimentos.

ESPEJISMO DE MEJORIA EN MARACAIBO

Luego de la pandemia hubo una leve mejora en la movilidad de vehículos en el Zulia, las acciones del gobierno regional impulsaron una mejora en el abastecimiento de combustible y después de un largo letargo, se reactivó el transporte urbano de la ciudad.

Para Loiralith, esta mejoría empezó a mediados de 2022. Las colas para abastecer de gasolina disminuyeron las horas de espera. Sin embargo, la ciudadanía ha notado que durante épocas festivas como navidad, carnaval o semana santa, empiezan a aparecer.

“Las mujeres ante ese panorama nos estamos adaptando. Si en una semana no hay gasolina, entonces no salimos. O usamos la opción del transporte público. Si tampoco hay transporte público, entonces me voy caminando. Ha habido mejoras después de la pandemia, pero no ha habido soluciones en el tema de la movilidad y eso repercute en la seguridad de cada mujer”, comenta la activista de derechos humanos.

La situación de movilidad precaria en el Zulia ha tenido un impacto negativo en la protección de los derechos humanos, en el caso de la seguridad alimentaria, representa un factor más que incide en la producción, distribución y compra de alimentos.

“No solo las personas que deben comprar alimentos se han visto afectadas, sino también aquellas que se dedican a la distribución y comercialización de alimentos, sobre todo aquellos alimentos perecederos. Estos comerciantes se encuentran limitados porque no pueden llevar alimentos desde municipios foráneos hasta Maracaibo o San Francisco”.

A este factor se le suma la problemática del mantenimiento del buen estado de la carreteras y los pagos de vacunas o extensiones en determinadas partes del Zulia a manos de grupos armados. A principios de la pandemia, la sociedad civil Ganaderos de Machiques (Gadema) informó que por lo menos 10.000 productores de carne y queso en el Zulia estaban paralizados. Tres años después, la situación no ha mejorado. Desde el gremio empresarial, Fedecámaras Zulia, se ha denunciado la ausencia de diésel en la entidad, además de problemas en la calidad de la gasolina que afecta el parque automotriz de los productores.

“El llamado imperioso es a los organismos competentes a hacerse cargo responsable e inmediato para darle fin a esta situación y aportar soluciones a este problema que afecta a miles de familias. Es importante ser parte de la solución y seguir generando trabajo, seguridad y bienestar para nuestro país. Seguimos decididos en construir soluciones para un futuro mejor”, expresaron en un comunicado.

El desabastecimiento de gasolina ocasiona escasez e inflación en los alimentos. Este contexto aumenta la inseguridad alimentaria en el estado Zulia y en sus poblaciones vulnerables.

Esta realidad ha tenido como consecuencia que el Zulia, fue uno de los ocho estados prioritarios en el plan de respuesta humanitaria de Naciones Unidas para 2022 y 2023, que incluía Amazonas, Apure, Bolívar, Delta Amacuro, Falcón, Miranda y Sucre, siendo el Zulia, el estado con la mayor cantidad de personas atendidas por mayores necesidades humanitarias.

Sobre el tema de la movilidad personal, Loiralith, así como otras mujeres zulianas, optaron por no hacer ninguna cola de gasolina en los años más graves de la crisis entre 2019 y 2021. En las ocasiones más urgentes que estuvieron relacionadas problemas de salud, recurrió a comprar gasolina en el mercado negro, a pesar de los altos precios.



Si bien ahora la situación de desabastecimiento no se ha agravado como en años anteriores, las estrategias que utiliza Loiralith para su movilidad en carro siguen siendo prudentes y para evitar malos momentos.

“Pongo gasolina una vez a la semana, trato de hacer las diligencias el mismo día no solo para ahorrar gasolina, sino también por la hostilidad de la ciudad. Desde el punto de vista de movilidad no hay cultura cívica para estar detrás del volante y por el deterioro de las calles”. Lo que expresa Loiralith es lo que se evidencia del tránsito en Maracaibo. La mejora en el abastecimiento de gasolina a mediados de 2022, trajo como consecuencia un panorama bastante grave.

Durante los meses de junio y julio de 2022, se registraron continuos accidentes de tránsito en Maracaibo, que derivaron en personas lesionadas, en algunos casos, así como en la irreparable pérdida de vidas de jóvenes, adultos mayores e incluso la de un niño. En total, hubo nueve incidentes relacionados a arrollamientos de ciclistas y de peatones con la vuelta de la gasolina a las estaciones de servicio.

“Una de las cosas que pude notar cuando se regularizó la situación de gasolina en Maracaibo, es que la mayoría de las personas no tienen conciencia sobre la responsabilidad de estar al volante”, reflexiona.

Para ella es evidente que hay una forma muy agresiva de conducir en Maracaibo y que hay muy poca cultura ciudadana para cumplir las señales de viabilidad. Los semáforos que funcionan en la ciudad son contados y si funcionan, son ignorados.

La infraestructura de las carreteras y del tránsito vial es insuficiente y deficiente en Maracaibo. Las calles de las zonas urbanas que se encuentran a la periferia de la ciudad necesitan reparación, mientras que los conductores manejan con desesperación y sin pensar en los otros.

“Es una situación de estrés que hace hostil a la ciudad, que aunada a las altas temperaturas, desmejora completamente la calidad de vida de las personas que habitamos en Maracaibo”.

Para el recorrido hacia su lugar de trabajo, desde el borde del municipio de Maracaibo hasta el centro de la ciudad, Loiralith comenta que se puede demorar casi 30 minutos en vía.

En este trayecto puede tomar dos vías para trasladarse: manejar por la Circunvalación #1, avenida principal de la ciudad de Maracaibo en donde solo hay un semáforo funcional, mientras que la otra es la Circunvalación #2, donde solo se encuentra funcional el semáforo del sector amparo, y luego solo funcionan los semáforos que están por la vía de 5 de julio, porque se trata de una de las vías más principales de la ciudad.

“La agresividad frente al volante, el no respetar las normas de tránsito, el no respetar al ciudadano, al otro, afecta la movilidad en el municipio, para cualquier diligencia que puedas hacer. Estoy hablando si vas a ir al colegio, a la universidad, si vas a la compra, a trabajar o a ir al hospital. Es todo un reto”.

En el testimonio de Loiralith, se nota la diferencia entre las vías principales y las vías que se encuentran en la periferia. Pues unas han sido priorizadas para el funcionamiento de semáforos y mantenimiento de carreteras, mientras que otras han sido olvidadas por la gobernanza estatal.

Esta diferencia de trato en el cuidado de la ciudadanía representa las desigualdades y abre más la brecha para aquellos que pueden disfrutar de seguridad vial, entre los que viven en la periferia y aquellos que viven en los centros urbanos.



Fotografía: Archivo

Las familias y las mujeres que se enfrentan a las condiciones de vida en Maracaibo, ya sea sobre bicicleta o detrás del volante, hablan de una valentía propia de la mujer que busca cuidarse y cuidar a sus seres queridos, a pesar de que no existan las condiciones para su seguridad. Es deber de las autoridades estatales velar porque todas tengan el derecho a moverse con tranquilidad y en libertad, en resguardo de su vida, ya que ellas son las que cuidan la vida de sus hogares.



• • UN TRABAJO DE
CUIDADO QUE SE EXTIENDE POR
MAS DE 500
KILOMETROS
MARÍA JESÚS VALLEJO

LA

MADRE

Tirsa Cabrera es una mujer del oriente del país que habla bajito, con timidez. Se mira las manos mientras las aprieta. Desde hace 14 años se dedica exclusivamente a cuidar a su hijo, que tiene una anomalía en la producción de glóbulos rojos que le produce la forma más severa de la anemia. Pasa la mitad del año en Caracas con él, mientras su esposo se queda en Sucre con su otra hija. Tirsa se quiebra al pensar que a su hijo le pase algo. O que ya no esté. O que ella ya no pueda cuidarlo.

Aunque a veces se tarda para formular sus respuestas, no titubea al decir que no le cuesta cuidar a su hijo. Pero en Venezuela, un país en el que la maternidad abnegada es un mandato, las madres cuidadoras que no tienen suficientes recursos económicos pagan un costo muy alto: olvidarse de sí mismas.

Esta es la historia de Tirsa, contada en su propia voz. Un relato sobre el amor, el dolor y el miedo de una madre que no ha tenido tiempo para pensar en sí misma; cuyo escenario es una Venezuela atravesada por una emergencia humanitaria compleja que tiene un impacto diferenciado en la vulneración de los derechos humanos de las mujeres.

La maternidad es un dolor que te desgarras, un amor que te consume, una tarea sin fin; es un anhelo que no se sacia nunca, una lucha constante contra el miedo y la duda

Sylvia Plath

Mi nombre es Tirsa Margarita Cabrera. Vivo en Río Caribe, en Sucre. Soy mamá de dos: una niña de 20 años, Ferymary, y mi hijo de 16, Félix.

Félix nació con deficiencia respiratoria, en el 2006. Estuvo 11 días hospitalizado. En 2008, lo traje para acá al J. M. De Los Ríos y le diagnosticaron talasemia mayor. De ahí su control es cada tres semanas. Transfusiones de sangre. En Sucre sí hay hospitales, pero no hay hematólogos; solo en el privado. Mi economía no me da para pagar un hematólogo.

Antes de que naciera mi hijo, me dedicaba a cuidar a mi hija y a los oficios del hogar. Cuando Félix nació ella tenía tres años. Yo la dejé pequeña mientras le hacía los estudios a Félix acá. Después, en 2019 fue hospitalizado aquí de nuevo porque le salió un absceso. El año pasado, el 26 agosto, le dio una convulsión que tuvo un día en el que no reaccionó. Estuvo cinco días hospitalizado allá en Carúpano.

Mi rutina diaria es fuerte, porque desde que me levanto, como a las siete, estoy haciendo los quehaceres en la casa, con los tratamientos de él cuando le toca, cuidarlo, estar pendiente de su comida, hacerle su limpieza. Él hace sus cosas, pero yo le cuido y le lavo su ropa. Estoy pendiente, mucho más ahorita que le dio esa convulsión. Porque no sé si la pueda repetir

Este año, como la situación se me puso ruda para pagar los pasajes, le pido un informe a la doctora para venir un mes sí y otro no y cuando no venimos se le hace transfusión ambulatoria allá en Sucre.

Por ejemplo, este año, en enero no vine. Vine en febrero. No vine marzo. Vine ahorita en abril.

Aunque Tirsa comparte la responsabilidad de la crianza y el cuidado con su esposo, Félix, no es la realidad de la mayoría. De acuerdo con la Organización Internacional del Trabajo (OIT), en América Latina y el Caribe, las mujeres dedican en promedio 4,4 horas diarias a tareas de trabajo no remuneradas, mientras que los hombres dedican apenas 1,7. Lo que podría demostrar que las mujeres son las principales responsables del cuidado de hijos e hijas, especialmente durante los primeros años de vida.

En Venezuela, las cargas familiares y la prevalencia de la mujer como jefa de hogar aumenta en hogares monoparentales, según la Encuesta Nacional de Condiciones de Vida (Encovi) 2022. Además, 9 de cada 10 hogares a cargo de mujeres están en pobreza, de acuerdo con el estudio Autonomía perdida: ¿Qué pasa con la fuerza laboral femenina en Venezuela?, de Prodavinci y ANOVA Policy Research.

EL VIAJE

“El camino es largo y solitario, pero debemos seguir adelante; porque al final del camino siempre hay un nuevo horizonte”.

Gabreila Mistral

Siempre me preocupa que se dañe el autobús, por ejemplo; hemos pasado bastante rato esperando arreglarlo. Está el miedo de que vaya a venir alguien a atacarnos. Porque en verdad este año no hemos tenido un incidente así, pero antes sí.

A veces me pongo a llorar, porque después de tantos años luchando allá, entre una y otra cosa, va a suceder algo de la noche a la mañana. Fue como cuando le pasó lo de la convulsión y duró un día sin reaccionar. Eso para mí era duro, pero a la vez me dio fuerza para levantarme. Tanto pedirle a Dios, porque yo tengo esa fe de que siempre va a estar conmigo, pero el día que no esté, no sé qué será de mí.

El trayecto es difícil en el sentido de que tú andas... no andas siempre seguro... Pero los viajes, bueno, ahorita se me hace más fácil porque tengo ya años en eso.

Ya no me da miedo. O sea, sí me da miedo que le pase algo y yo sola, porque prácticamente la que viaja con él soy yo. Igual aquí. Cuando estoy aquí, también estoy con la familia de él, pero no es igual ir al hospital sola que con alguien que me acompañara. Y me preocupo.

Por ejemplo aquí me desespero porque quiero irme a mi pueblo, porque nada es igual estando en casa ajena. Esas son mis preocupaciones. También que me vengo para acá y dejo a mi hija, así sea adulta; pero igual me preocupo por las cosas que puedan pasar.

Para viajar de Sucre a Caracas, a unos 550 kilómetros de distancia, Tirsa necesita, por lo menos, 100 dólares para el pasaje, frente a un salario mínimo que no llega a los 50. El único ingreso de la familia de Tirsa proviene del trabajo como agricultor que hace su esposo, Félix. Sin embargo, hasta mayo de 2023, habían sobrevivido exclusivamente gracias a préstamos de amistades, porque la producción se ha vuelto costosa, además de haber sufrido por una plaga.

Cuando Tirsa y Félix, hijo, vienen a Caracas, no saben cuándo van a regresar. A veces están en la capital por dos semanas y otras, por dos meses. Durante ese tiempo, reciben la ayuda de la familia paterna de Félix, que vive en La Guaira: comida, traslados y hospedajes.

Félix es uno de los niños, niñas y adolescentes que se atienden en el Hospital de Niños José Manuel de los Ríos —conocido también como J. M. de los Ríos— y forma parte de la lista de espera para un trasplante de médula, una posibilidad que parece lejana: el 1° de junio de 2023, se cumplieron seis años desde la suspensión del Sistema de Procura de Órganos y Tejidos (SPOT), por decisión gubernamental. Según Katherine Martínez, directora de la organización Prepara Familia, asegura que en seis años, murieron 79 niños, niñas y adolescentes en el servicio de nefrología.

Ni Tirsa ni alguna mamá de las que conoce recibe apoyo del Estado.

LA FAMILIA

“¿Recuerdas aquel poema del que tanto hablamos? Aprendimos de memoria las palabras juntos. Es hora de que las digas, de que las hagas tuyas, porque otra vez es hora de amar”.

Derek Walcott

A mí no me cuesta cuidar a Félix, pero sí se me hace difícil. Lo más difícil es viajar y quedarme aquí. Desde que tenemos esto, la enfermedad, no estamos juntos como tal los cuatro. Eso es difícil para todos.

El año pasado, nos vinimos en agosto y nos fuimos en diciembre. Y casi todos los años es así. Los primeros meses lo tenemos que hacer y ya al terminar también, porque tienen que hacer muchos estudios.

Al principio de la enfermedad fue fuerte para Fermary. Dejarla sola; o sea, sola, sin nosotros. Ella se puso rebelde al principio. Pensaba que nosotros la dejábamos porque queríamos, pero era por otra cosa. No entendía lo que estaba pasando. Pero hubo un maestro que me la orientó y ahí lo entendió. Lo entiende muy bien. Quiere estudiar y trabajar para ayudarme.

La familia Cedeño Cabrera vive en una casa a la que no llega el gas directo ni el internet, en el estado Sucre, al oriente del país. La vivienda es un regalo de una tía del padre. La mayor parte del tiempo, solo la ocupan dos personas.

Félix solo llegó hasta la primaria, igual que Tirsa, pero ella sueña con que él estudie y se independice. Fermary, la hija mayor, estudia educación y trabaja como suplente de una maestra. Papá se encarga de conseguir el dinero y Tirsa cuenta que muchas veces lo nota frustrado y con muchísimo estrés por tener esa responsabilidad.

En el último año, el costo de la vida ha aumentado. Entre julio de 2022 y abril de 2023, la canasta básica alimentaria pasó de 470 a 526 dólares, de acuerdo con el Centro de Documentación y Análisis Social de la Federación Venezolana de Maestros (Cendas-FVM). La pandemia, según Tirsa, empeoró su situación.



LA MUJER

“Ser mujer es ser valiente, es luchar por nuestros derechos; puede ser un camino difícil, pero también puede ser un gran festejo”

Gioconda Belli

Creo que no tengo ningún momento que sea para mí. Bueno, para decirte la verdad: no lo tengo. Yo a veces sí me pongo a pensar y le hablé a Félix y él dice que yo me tengo que cuidar para poder cuidarlo. Pero a veces no se puede. Yo quisiera cuidarme, pero no tengo... cómo decirte... la plata y el tiempo. No dejo el tiempo para mí como tal, porque no pienso en mí, sino en él.

Hay muchas personas que me apoyan. Mi esposo me apoya en el sentido de que está por allá mientras yo estoy por acá. No estamos juntos, pero sí me siento apoyada en lo que él hace, lo que me dice. Siempre ando sola con Félix, pero sí hay gente que me apoya.

Algo que pienso que me gustaría hacer es ser maestra. A mí siempre me gustó trabajar con los niños. Una vez me tocó en mi pueblo darles clase a unos niños porque no había quien les diera y eso me gustó. Y me gustaría serlo porque incluso mi hija ahorita está haciendo esa suplencia a una maestra y yo le indico más o menos qué le puede dar a los niños, cómo puede mejorar. A mí me emociona eso.

El otro día ella me decía que no tenía vocación para eso y yo le dije: 'claro que sí, cuando uno quiere, puede'. Y así fue.



**ME
PONÍA
TRISTE CON
TODO LO QUE
OÍA
ANDRÉS CAÑIZALEZ**

Carlisbeth Falcón nació en 2006 en Sanare, estado Lara. Como requería un trasplante de riñón, a los 9 años llegó con sus padres al Hospital J.M. de los Ríos, en Caracas, adonde tendría que ir muchas veces más. De vuelta a su casa, rememora sus días en el pediátrico. Allí extrañó a sus primos, recibió el amor de sus papás, hizo amigos y se enfrentó a la muerte.

Esa noche me sentía muy débil y estaba muy triste. Recordaba a mis amiguitos que murieron en el Hospital J.M. de los Ríos. Uno de ellos había estado en mi habitación y le pidió a mi papá que no lo dejara morir. Yo esa noche creía que también podía morirme. Y a lo que más miedo le tengo es a la muerte.

Con mis manos chiquitas, apreté con fuerza las manos grandes de mi papá, y le dije: “No me dejes morir, te lo suplico”. Él me abrazó, se hizo el valiente delante de mí, pero afuera de la habitación oí cómo lloraba junto a mi mamá.

Llevaba mucho tiempo en el hospital; mucho tiempo después de que me operaron para ponerme el riñón de un muerto. Al día siguiente mi papá tuvo la idea de encadenarse en las rejas del hospital. Yo lo acompañé. Estaban otros papás y mamás. Ese día fueron periodistas a entrevistarme y me hicieron fotos. Pero a mí no me gusta hablar mucho, siempre digo que le pregunten a mi papá.

Me llamo Carlisbeth Falcón y tengo 12 años. Nací el 19 de octubre de 2006. Mis papás me llamaron Carlisbeth porque juntaron sus dos nombres: Carlos y Lisbeth. Si yo pudiera cambiarme el nombre me gustaría llamarme Scarlet.

Mi mamá me contó que desde que estaba en su barriga yo tenía problemas con los riñones. Desde que me acuerdo hemos ido mucho al médico. A mí se me olvida cuántas veces.

La primera vez que llegué al J.M. de los Ríos tenía 9 años. Allí pasé dos cumpleaños, que fueron muy divertidos: en uno fue Nacho y en el otro, Chyno. Estos cantantes son lo máximo para mí. Mi cumpleaños número 12 ya fue aquí, en mi casa, en Sanare, con mis primos que viven cerca.

Cuando sea grande quiero ser doctora o abogada. ¿Por qué? Porque quiero ayudar a la gente, como me han ayudado a mí. El primer día que fui al J.M. de los Ríos recuerdo que los doctores y las enfermeras me trataron bien. Eran buena gente. No me dio miedo entrar, pero iba agarrada a la mano de mi papá, mientras él hablaba con los doctores y les contaba qué tratamiento tenía yo en Barquisimeto. Cuando me iban a operar para ponerme el riñón sí tenía mucho miedo de morir, le pedí mucho a Dios que saliera todo bien y así fue.

Por mi enfermedad he tenido que ir muchas veces a Barquisimeto y a Caracas. Aquí en Sanare no hay doctores para lo que yo tengo. Mi papá siempre es el que explica que yo venía desde chiquitica con la necesidad de que me hicieran un trasplante. Como no los estaban haciendo, tuvimos que tener paciencia. Además, mi papá quería darme su riñón, pero como no se pudo, tuvimos que esperar a que me pusieran el de una persona que había fallecido.

De pequeña caminaba con los pies metidos para adentro, por eso desde chiquita supe que estaba enferma. Me pusieron unas plaquitas en las rodillas, aunque igual una pierna se me va cuando camino.

Aquí en mi casa me gusta jugar con mis primos, estar con mi mamá. En el hospital lo que más extrañaba era dormir con ella y sentir su calorcito. Allá pensaba en Sanare, me acordaba de cómo salía al patio en la tardecita y esperaba que llegara, poco a poco, la neblina. A veces me como una guayaba o un níspero. Después que llueve, me siento a ver si aparece un arcoíris. Claro, tiene que ser una lluviecita de esas con sol para que sea bonito el arcoíris. Cuando los veo, me alegro mucho.

La primera noche después de la cirugía, mi papá y mi mamá se la pasaron espantando zancudos. Un rato lo hacía él y luego ella. Todos estábamos contentos porque en unos días nos íbamos otra vez para la casa. Estaba muy feliz.

Pero en lugar de volver a Sanare, me comenzó a dar mucha fiebre. Mi papá se asustaba, salía del cuarto con mi mamá y hablaban afuera para que no los escuchara. A veces me bajaba la fiebre y después me volvía.



El servicio no cuenta regularmente con antibióticos de primera línea.

Me dijeron que íbamos a estar más tiempo allí. Que el día que me operaron agarré una bacteria, y que no era mi culpa, ni tampoco de los doctores. El problema, me dijo mi papá, fue que no había mantenimiento en el hospital y por eso pasó eso.

No fui la única: al final éramos varios niños y podíamos ir a jugar a una sala. Las enfermeras eran muy buenas, nos dejaban correr por los pasillos y jugaban con nosotros. A veces me quedaba despierta hasta muy tarde y ellas no me decían nada. Claro, eso era cuando no tenía fiebre; esa fiebre se iba y volvía. Cuando estaba así, no quería hacer nada, solo quería que mi mamá me atendiera.

A ratos también dibujaba, leía cuentos, jugaba stop, memoria, cartas UNO. ¡Y echaba cuentos! Hablaba con los otros niños y con las enfermeras.

Llevábamos tantos días allí que mi papá alquiló un cuarto cerca del hospital. Yo nunca fui a visitarlo. Él sabe cocinar y me traía cosas que me gustan, hechas por él. Me encanta comer puré de papas, pero para poder comerlo deben hacerlo mi papá o mi mamá porque en la calle le ponen cosas que me hacen daño.

Mi mamá dormía en una colchoneta, junto a mi cama. Pero no era como en mi casa, donde yo me puedo meter en la cama y apretarme con ella. Mi papá entraba y salía: nos llevaba comida, buscaba medicinas. En todo ese tiempo mis papás me decían que íbamos a salir adelante, que sí se podía, que no decayera. Es que había días en los que pensaba que me iba a morir. Cuando sabía que otro niño había muerto en el mismo piso en el que estábamos todos, pensaba que yo podía ser la próxima.

Samuel era el que me daba ánimo. Era mi mejor amigo. Mi papá me cuenta cómo él le insistió en verme cuando yo estaba saliendo del quirófano, todavía medio dormida por la anestesia. Se lo pidió tanto que mi papá agarró una silla de ruedas, le puso un tapabocas y lo llevó hasta donde yo estaba. El mismo Samuel después me recordó lo que me había dicho esa noche: “Tenemos que ser fuertes, párate de ahí; tú y yo somos fuertes, y tú y yo vamos a salir de esto”.

Unos días después vi a mi papá con la cara triste hablando con los papás de Samuel.

Samuel murió en el hospital. Fueron varios los que fallecieron mientras yo estaba allá. Mi papá dice que cuando me dio la noticia de que Samuel había muerto, a mí se me salió una sola lágrima. En realidad, estaba muy triste.

Tenía amigos, que estaban igual que yo. Les decía que saliéramos adelante y que todo se iba a poder, pero varios no pudieron. Samuel, Cristian, Raziel, Fabián, Karina. Todos están con Dios. Cuando los recuerdo, me da tristeza de que se hayan ido.

Escuchaba canciones de Sebastián Yatra y Manuel Turizo. “Ya demostraste tu valor, eres para el mundo todo un campeón, sé que estás luchando con amor, eres grande en la batalla, grítalo”, dice una. También oía canciones de amor, aunque no me he enamorado.

A veces pasaban cosas afuera, mi papá trataba de que no las escuchara, pero las oía y me ponía muy triste. Uno de mis amigos se pegó de mi papá, le decía: “Papá de Carlis, no me dejes morir, ayúdame”, “Doctora, tengo miedo de morir-me, doctora”. Esas cosas yo las escuchaba dentro de la habitación y lloraba.

Sentí una felicidad muy grande cuando regresé a la casa de Sanare, después de tanto tiempo. Porque cuando estaba viajando con frecuencia a Caracas nos quedábamos en un apartamento en Barquisimeto. No venía a Sanare. Pensaba que ya no iba a volver a mi casa.

Cuando llegué, abracé a mis primas y a mis primos. Recorrí de nuevo el patio de mi casa, que se une con los patios de las casas de mis tíos. Me pude comer unas guayabas y unos nísperos de las matas. Me pude sentar de nuevo aquí, en estos bloques, y ver cómo baja la neblina.

Pasaron varios meses entre que regresé a Sanare y pude retomar mis clases. Ya estoy en el liceo. Estoy estudiando de nuevo con mis compañeros con los que estaba en primaria. Me alegró mucho. Ellos también estaban contentos. Además, pude verlos sin tener puesto el tapabocas.

Ahora que comencé bachillerato, la materia que más me gusta es el inglés. Quiero terminar el bachillerato y después hacerme doctora. Ya lo dije, quiero ayudar a la gente.





**A MI
CASA Y
A MI CARRO
LOS INUNDO EL
LAGO DE VALENCIA
GREGORIA DÍAZ**

Fotografías: Gregoria Díaz

Isolina Cabrera nació en El Tigre, estado Anzoátegui, hace 67 años. Se casó muy joven y con su esposo decidió establecerse en Maracay, en una urbanización para la clase media que había sido construida a las riberas del Lago de Valencia o Lago Los Tacariguas. Ese reservorio, el segundo más importante de Venezuela y un problema ambiental grave en el país, inundó sus sueños de vivir una vejez con dignidad.

Isolina Cabrera tenía solo 19 años cuando recién casada, salió de su natal ciudad de El Tigre, en el estado Anzoátegui, para buscar un mejor futuro en Caracas donde trabajaba su esposo. Pero las posibilidades de adquirir una vivienda, el sueño de cualquier pareja, se hacían cuesta arriba. Así que un buen día, le tomaron la palabra a un amigo quien les había comentado sobre una urbanización para la clase media, que estaban construyendo al sur de Maracay, capital del estado Aragua, muy cerca del Lago de Valencia o Lago Los Tacariguas.

Con unos ahorros, compraron la casa, donde nacieron sus tres hijos. Los ingresos familiares que para entonces eran suficientes, permitieron que Isolina Cabrera se dedicara casi que exclusivamente al cuidado de su hogar. La vivienda se fue ampliando en la medida en que crecía la familia. Y con ella, el sueño de un matrimonio feliz.

Pero esa felicidad fue desapareciendo paulatinamente cuando los habitantes de la urbanización Mata Redonda, se percataron que ese lago estaba diluyendo silenciosamente sus esperanzas de vivir dignamente tal y como lo habían planificado y soñado.

“El lago se tragó mi patrimonio y el de mis hijos. La casa que mi esposo y yo compramos en 1982 con tanto esfuerzo está inhabitable. En el año 2020, cuando hubo la inundación más reciente, producto del desbordamiento del lago de Valencia, el agua llegó a metro y medio dentro de mi casa”.

Lo único que Isolina pudo salvar fue un televisor. Todo lo demás lo perdió. Cinco años atrás había quedado viuda, debido a un fulminante cáncer que enfermó a su esposo.

Ahora, sin su compañero, debía hacerle frente a otra tragedia. Esa con la que lucha desde que el lago de Valencia comenzó a tragarse grandes extensiones de tierra, sembradíos, barrios y urbanizaciones al sur de Maracay y ubicados en sus riberas.

Isolina Cabrera es una mujer con voz suave pero contundente. Por eso se ha ganado el respeto de los pocos vecinos que como ella, aún resisten y persisten en exigirle al estado venezolano, la restitución de su propiedad, tal y como quedó establecido por el Tribunal Supremo de Justicia, cuando en los años 2005 y 2009, sentenció la indemnización a los propietarios de la urbanización Mata Redonda y La Punta.

“La primera sentencia ordenó al Ministerio del Ambiente, restituir el valor de nuestras viviendas, a más de 200 propietarios. Esa sentencia fue ratificada cuatro años después, ya que los responsables de ejecutar las obras de saneamiento del lago, no cumplieron con los decretos presidenciales ni con la construcción de las obras para el control de los niveles del agua.

El presupuesto asignado desapareció, las obras no las terminaron y las viviendas quedaron a 6 metros por debajo del lago.

Pese al riesgo que significa vivir a escasos metros de un lago cuyas aguas apenas las contiene un muro, Isolina Cabrera, se quedó en su casa. Y sola. Sus tres hijos migraron como millones de venezolanos. Ella, decidió quedarse para salvar su patrimonio. Pero las intensas lluvias del año 2020, ahogaron sus esperanzas.

“Tuve que irme. Después de 40 años de vivir en esa casa muy linda y que tenía todo, ahora vivo en un apartamento prestado en el que una amiga me ha permitido estar. La cama donde duermo y el aire acondicionado pequeño que tengo en la habitación, me los regalaron”.

En su casa, solo quedaron los recuerdos y en las paredes aún se ve la marca hasta donde llegó el agua.

Isolina también perdió su carro. Las aguas del lago lo inundaron y no ha podido repararlo. Lo había comprado en el año 2000 con unos ahorros y con la ayuda de sus hijos.

Una vez que las aguas del lago descendieron, con la ayuda de unos vecinos sacó el vehículo hasta la casa de una amiga, porque si lo dejaba en el garaje de su vivienda, los delincuentes se lo iban a robar. La urbanización es hoy, una zona muy peligrosa. Los antisociales se aprovechan de que muchas casas han sido abandonadas y las desvalijan, porque entre tantas calamidades, en Mata Redonda también falla el servicio eléctrico y las calles no tienen iluminación.

Con el carro- cuenta con cierta nostalgia- yo podía salir a hacer mercado, comprar mis medicamentos y visitar a mis hermanas que viven en Cagua, con quienes comparto algún tiempo libre. Ellas viven como a 40 minutos de Maracay y el transporte en la urbanización es difícil.

Isolina, a veces, sale con unas amigas a tomarse un café, pero es eventual. Salir de la urbanización sin un vehículo propio y con un transporte público deficiente, es casi que una odisea.

Desde que el lago inundó la urbanización, en principio todas sus diligencias las tuvo que hacer a pie, porque las líneas de transporte público ya no entraban a la comunidad por las pésimas condiciones en las que aún están las calles, debido a la humedad y filtraciones que ocasiona el lago.

“Gracias a Dios, este año reactivaron una línea de autobuses que pasa de vez en cuando, cerca del edificio, pero hasta cierta hora. En las noches no hay transporte público y los taxistas no quieren entrar a la urbanización por lo oscura y solitaria que ha quedado”.

Antes, Isolina tenía que caminar más de tres cuadras, hasta un punto donde esporádicamente pasaban algunos autobuses. Inclusive, debió caminar hasta el terminal de pasajeros de Maracay, que son más de 5 kilómetros desde el apartamento en donde vive y donde tenía que esperar por largo rato, porque la escasez de gasolina y gasoil también ha complicado al transporte público.



Muchas veces le tocó regresar a pie desde el centro de Maracay y con las bolsas en las manos, porque no conseguía camionetas. Ese trayecto es de casi 9 kilómetros e Isolina lo recorría en más de dos horas, bajo el sol y el calor inclemente de Maracay.

A veces, algún vecino le da la cola hasta el supermercado más cercano o para hacer una diligencia.

Llego cansada y de paso- cuenta- tengo que subir tres pisos hasta el apartamento, porque los ascensores hacen años que ya no funcionan.

El edificio donde ahora vive, también está muy deteriorado por los efectos de la humedad que existe en la urbanización. Las bases de los edificios están fracturadas y ella vive angustiada y en zozobra, porque muchas de las personas que residen en ese complejo de apartamentos, son invasores.

Pero es el único lugar que ahora tiene para vivir. Además, desde allí, Isolina camina unas cinco cuadras hasta su casa, siempre para darle una vuelta y ver que no la hayan invadido. Se queda en silencio, parada frente a la vivienda, añorando su hogar.

La urbanización Mata Redonda, bordeada por un inmenso lago, está en ruinas y desde hace muchos años, el agua por tuberías no es apta para el consumo humano, porque desde hace tiempo, no se le hace mantenimiento a las plantas de tratamiento.

Además, el agua por tubería llega cada 8 días, en el mejor de los casos.



“En mi cocina usted no va a ver ollas con comida. Aquí va a encontrar ollas llenas con agua que recojo para usar en los baños y para la limpieza”.

Isolina debe comprar el agua para tomar en una vieja bodega que aún mantiene sus puertas abiertas y en donde venden agua envasada. Son dos cuadras desde el edificio, pero es mucho el peso para ella.

Como no puede con los botellones, los sube por parte. A veces, consigue a un muchacho a quien le paga para que la ayude. Pero no es siempre.

Muchos propietarios del urbanismo han visto partir a sus hijos y algunos ni siquiera conocen físicamente a sus nietos. La hija mayor de Isolina es la única que no se ha ido del país, pero sin embargo, vive en oriente y se visitan muy esporádicamente. La segunda hembra se fue para Uruguay y su hijo varón reside en Estados Unidos.

“Yo estoy sola. No conozco a mis nietos. Solo a través del teléfono y eso cuando hay internet, porque en esta zona casi nunca hay buena conectividad y más si nos quitan el servicio eléctrico, que por cierto es muy frecuente”.

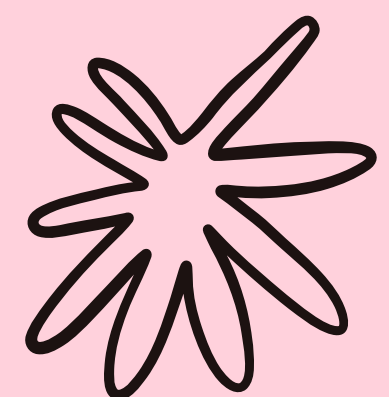
En la urbanización Mata Redonda solo quedan las personas de la tercera edad, como Isolina Cabrera. Y son ellos los que no desisten en reclamar sus derechos.

“En eso dedico mucho de mi tiempo libre”.

Isolina siempre está promoviendo reuniones con los propietarios afectados, y formulando denuncias ante los medios de comunicación social, para exigir la indemnización que les corresponde.

¿Por qué no se ha ido?. Los dos hijos que se fueron del país, le han insistido para que también salga de Venezuela.

“Aquí estamos huérfanos de hijos, huérfanos de nietos y huérfanos de Estado. Yo no soy la única que se ha quedado sola en esta lucha. Otros, lamentablemente se han muerto de tristeza al ver que su patrimonio se lo tragó el lago, o esperando que el gobierno ejecute las sentencias”.





Pero Isolina Cabrera está decidida a defender su único patrimonio. Espera y aspira, con el monto de la indemnización, comprarse una nueva casa en un lugar seguro y finalmente visitar tranquilamente a sus hijos.

Con el dinero que me mandan - dice- puedo cubrir en parte, mis gastos de alimentación y medicinas, porque con la pensión apenas puedo pagar dos o tres viajes en autobús.

Isolina Cabrera insiste en reclamar el pago de su vivienda.

Es lo único que tengo, la única herencia que mi esposo y yo, pretendíamos dejarles a nuestros hijos y el lago se lo tragó.



**LOS
YUKPA:
UNA HISTORIA DE
SUPERVIVENCIA EN MEDIO DEL
CONFLICTO Y LA DISCRIMINACIÓN
DAYANNA PALMAR**

Fotografías: ORIPANTO OAYAPO TÜONDE

El pueblo indígena Yukpa es conocido por habitar la Sierra de Perijá, territorio de montaña y clima tropical, que se ubica en la frontera entre Colombia y Venezuela.

De acuerdo al último censo del Instituto Nacional de Estadística, realizado en 2011, la población Yukpa en Venezuela se cuenta en más de 10 mil personas. Como misión de vida, este pueblo indígena, se ha centrado en la recuperación y preservación de sus tierras para garantizar su supervivencia.

A pesar de ser un pueblo con raíces nómadas, “buscando huir del hombre blanco y su violencia” en la época de la colonización española, se refugió en lo alto de la montaña para sobrevivir al exterminio y a la asimilación identitaria, pero incluso allí arriba, el conflicto les alcanzó.

La desposesión de sus territorios por parte de terratenientes, la expansión de la industria ganadera y de agricultura, la presencia de grupos armados irregulares, la siembra de coca, la asimilación identitaria y, más recientemente, la emergencia humanitaria compleja en Venezuela, ha llevado a este pueblo al desplazamiento de su territorio ancestral.

En la Sierra de Perijá, estas personas denuncian que se encuentran abandonadas. Las crecidas de los ríos con cada lluvia las desplazan de sus comunidades y hacen imposible para ellas movilizarse. Los servicios de salud, educación, transporte y acceso a los alimentos se encuentran cada vez más precarios. Y la mayor amenaza, es la presencia del Ejército de Liberación Nacional (ELN) en la montaña, particularmente ahora asentado en el territorio Barí. El escalamiento de los grupos armados del conflicto colombiano en el Zulia no es nuevo, ha venido creciendo con el pasar de los años ante la inacción del Estado venezolano.

En este contexto, el pueblo Yukpa resiste como lo ha hecho en toda su historia de vida. Las mujeres Yukpa constituyeron su propia organización que lleva como nombre Oripanto Oayapo Tuone, que en lengua yukpa se traduce a “mujeres luchadoras del territorio”.

Ana María Fernández es la coordinadora general de la organización que tiene seis años de trabajo en el fortalecimiento de las capacidades organizativas de las mujeres y el tejido con la sociedad civil. Es madre y habitante de la comunidad de la Cuenca del Río Yaza en la Sierra de Perijá.

“Esta organización existe porque las mujeres somos maltratadas por (defender) la tierra, protegemos el territorio a través de nuestra lucha. Hay muchos indígenas que se callan, que guardan silencio de los abusos de parte del gobierno, pero nosotras luchamos”, expresa con convicción.

Los abusos que refiere Ana María están centrados en el conflicto y la violencia que se ha desencadenado por la falta de titulación y demarcación de los territorios del pueblo Yukpa, que pertenecieron a sus “achatas”, ancestros, y que como misión de vida el pueblo Yukpa debe recuperar para garantizar su supervivencia.

“Allá en la Sierra es sálvese quien pueda, hay varios territorios recuperados y a raíz de que se han recuperado no se ha podido proteger la posesión, hay violencia y persecución”, denuncia Fernández.

Esta persecución viene de distintos actores, tanto de grandes hacendados y terratenientes ganaderos, como de grupos armados irregulares como el ELN cuya presencia se ha incrementado en Venezuela.

Hace seis años, cerca de 2017, la presencia del ELN en el territorio generó molestias en la comunidad. Aunque el grupo dijo que “llegaron a protegerles”, líderes yukpa fueron encontrados asesinados tiempo después. Los motivos pueden ser diversos: una cuota del pago de las ganancias de las cosechas no registradas, o un paso de servidumbre no permitido para la guerrilla.

Gerardo José Fernández, campesino yukpa de 29 años y hermano de Ana María, fue asesinado luego de un impasse con la guerrilla en 2018. Su familia desde entonces ha hecho seguimiento al caso, sin respuestas del Ministerio Público.

“Nosotros demoramos para ir a Caracas, a Maracaibo, la justicia se tarda mucho”, refiere la coordinadora de la organización Oripanto. El caso de su hermano no es el único, también su familia ha tenido impasses con otras familias alineadas con la guerrilla sobre los pasos de servidumbre para la ganadería.

“Mi hermana también ha sido secuestrada y torturada porque lucha para la recuperación de su tierra. Es un conflicto que no solo incluye a la guerrilla, hay yukpas que son parte de la guerrilla también y fuerzas de seguridad del Estado”, refiere Ana María, para quien la presencia de grupos armados irregulares en la Sierra es más peligrosa para el pueblo Yukpa, que las consecuencias del deterioro de los servicios de salud, educación y alimentación causados por la Emergencia Humanitaria Compleja.

TEJIDO PARA CONSERVAR SU CULTURA

A pesar de las distintas problemáticas que se manifiestan en su territorio, los Yukpa han perseverado en la continuación de su cosmología y prácticas culturales como pueblo indígena. Su conocimiento en la siembra de la tierra los convierte en unos prolíficos campesinos con cosechas de topochos, plátanos, yuca, frijol y aguacate.

También recurren a la actividad tradicional que les han enseñado sus ancestros: la artesanía. Esta forma de reflejar la identidad a través del vestido y accesorios es una manifestación cultural y milenaria que permite no solo su subsistencia, sino también la preservación de la cultura y su unidad familiar.

“La artesanía la hacemos hombres, mujeres y niños yukpa. Cada familia va a buscar sus materiales al monte, nosotros lo tejemos y lo tejemos en familia”, comenta Ismenia del Carmen García Valbuena, mujer yukpa, que habita en la cuenca del Río Yaza, en la comunidad de Ekoptopé.

La artesanía Yukpa está hecha de palmas que ellos conocen como Puuria y puu. Del territorio salen los materiales para expresar su identidad como pueblo indígena. Es este diálogo entre los seres que habitan la Sierra de Perijá, árboles, plantas, humanos y conocimiento ancestral, lo que da origen a su artesanía, y por tanto es un aporte a su comunidad para compartir su identidad indígena con otros y un aporte a su propia economía.

Como mujer artesana, Ismenia dice que cumple “su misión para su comunidad cada vez que elabora sus bolsos, sombreros y collares”.

A pesar de que el fortalecimiento de las instituciones culturales indígenas es una obligación para los Estados presente en la Declaración de las Naciones Unidas para los Pueblos Indígenas, así también en el Capítulo VIII de la Constitución Nacional de la República Bolivariana de Venezuela, esta garantía que debería permitir las diversas formas de organización social y cultural indígena no se cumple en la realidad, debido a las acciones de represión del Estado en contra de la venta de la artesanía Yukpa.

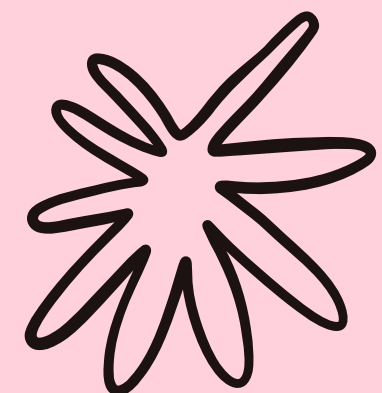
“El gobierno nos hace trancas, no nos deja pasar nuestra artesanía hacia Caracas, ellos no nos dejan vender, no nos dejan circular para Caracas. No quieren que vayamos a Caracas”, describe Ismenia con decepción. “Nuestros padres lo hacían, en años anteriores, vendían su artesanía en las calles de Carora y Caracas, y ahora, desde enero para acá no nos permiten hacerlo”.

Las trancas a las que se refiere Ismenia son hechos que han sucedido desde enero. Las comunidades Yukpa han intentado trasladarse desde su territorio hacia el centro del país pero sin éxito, son detenidos y reprimidos por policías y miembros de la Guardia Nacional Bolivariana venezolana. El bloqueo más reciente, fue en el estado Zulia donde detuvieron arbitrariamente a tres indígenas Yukpa y confiscaron parte de sus artesanías antes de que se trasladaran a la capital.

Zenaida Romero Martínez, hija del Cacique Sabino Romero, quien fuera un líder histórico del pueblo Yukpa, Alfonso Romero Ramos, de la comunidad Akgrakamo, y Francisco Romero Gutiérrez, de la comunidad de Kampa fueron detenidos y acusados por alteración del orden público, obstaculización de vías y ataques a militares, luego de protestar porque les impidieron el paso hacia Maracaibo.

“Ellos quieren que dejemos nuestra cultura, pero ¿como nosotros vamos a dejar nuestra cultura? Eso es de nosotros, eso es lo que somos, no podemos dejar nuestra cultura porque ellos lo dicen”, responde Ismenia ante estos hechos.

El impedir la movilidad del pueblo indígena Yukpa para la venta de sus artesanías es impedir sus derechos colectivos y culturales como indígenas. En medio de sus quejas, los Yukpas dicen “no entender porque el gobierno no los deja pasar a Caracas”.





Ismenia es madre de dos niños yukpa y está embarazada. Ella fue parte del grupo que fue detenido en el kilómetro 18 de Perijá cuando iban en camino a Maracaibo. Ante este hecho, no se llenó de tristeza y resignación, sino que muestra una profunda indignación.

“La cultura es nuestra, como mujeres, hombres y niños Yukpa”. Como mujer indígena, Ismenia tiene mucha valentía en ella y sabe que tiene una responsabilidad que le han dado sus padres y sus madres, sus ancestros. Preservar la semilla del pueblo Yukpa en su cultura y tradiciones.

TEJIDO PARA RESISTIR

Fue Oripanto Oayapo Tuone la organización que denunció la detención arbitraria de los tres indígenas Yukpa ocurrida a mitad de junio en Zulia También fueron las mujeres Yukpa las encargadas de coordinar con otras organizaciones de la sociedad civil venezolana los comunicados exhortando al Estado venezolano respetar y garantizar los derechos colectivos de los pueblos originarios.

El Grupo de Trabajo sobre Asuntos Indígenas de la Universidad de los Andes ha hecho referencia a “una inadecuada política de reconocimiento territorial en la Sierra de Perijá que ha profundizado la crisis estructural dentro de los hábitats y tierras del pueblo yukpa”. Esta observación resulta fundamental en el entendimiento de los pueblos indígenas, puesto que depende estrictamente de la tenencia segura de su territorio garantizar el desarrollo de las formas de vida y tradiciones de los pueblos originarios.

Sin territorio, el pueblo Yukpa se ve empujado a un éxodo para procurar el sustento a sus comunidades, y pese a su esfuerzo de sobrevivir como cultura han sido doblemente discriminados por indígenas y por su condición económica, concluye el comunicado del GTAI.

“El Estado debería tomar conciencia y ayudar al pueblo Yukpa a titularizar los territorios y comprar las haciendas para dárselas al pueblo, eso era de nosotros como dicen nuestros atanchas”, manifiesta Ana María. Como coordinadora general de Oripanto está convencida de la legitimidad de sus demandas para la demarcación del territorio indígena.

“Las tierras las hemos luchado con derramamiento de sangre, en la Cuenca Yaza, el cacique Sabino luchó esas tierras. Y allí no solo vive la familia de Sabino, sino todas las familias Yukpa que se han beneficiado y que incluso se vinieron de Colombia”, refiere.

Este saber que guarda el pueblo yukpa en su pensamiento y que los hace procurar mejores condiciones de vida para sus familias es lo que ha determinado su lucha histórica por el territorio.

Como pueblos indígenas tienen el derecho a la libre determinación y perseguir libremente su desarrollo económico, social y cultural. El Estado, reconociendo esta potestad que tienen como pueblos originarios y dueños de un conocimiento ancestral, está obligado a promover su integridad e identidad étnica, además de prevenir y resarcir todo acto que tenga por objeto o consecuencia desposeerlos de sus tierras, territorios o recursos, como lo establece la Declaración de Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas, además de otros instrumentos como la Declaración Americana de los Derechos de los Pueblos Indígenas y el Convenio de la OIT 169.

“Como mujeres indígenas, las yukpa tenemos una misión de vida. En la mañana, salir al sembrar el conuco, y en las noches, tejer la artesanía. En medio de todo eso, lo más importante es el cuidado de la familia y los hijos, sin eso, nos perdemos”, concluye Ana María.

A través de la defensa de su territorio y la unión de mujeres Yukpa que compone Oripanto, ella trae luz ante las sombras que amenazan su montaña, la Sierra de Perijá. Su trabajo es arduo y presenta desafíos que solo pueden resolver con la actuación del Estado, que debe garantizar la tenencia segura de su territorio y proteger a los Yukpa de la presencia de la guerrilla y de la ganaderías extensiva, así como reconocer su derecho a la promoción y preservación de sus prácticas culturales.

Como legado a su comunidad y familia, mujeres como Ana María e Ismenia, esperan que sus hijos puedan sembrar sus cosechas en paz, y que sobre todo, su misión de vida como pueblo Yukpa permanezca por siempre.

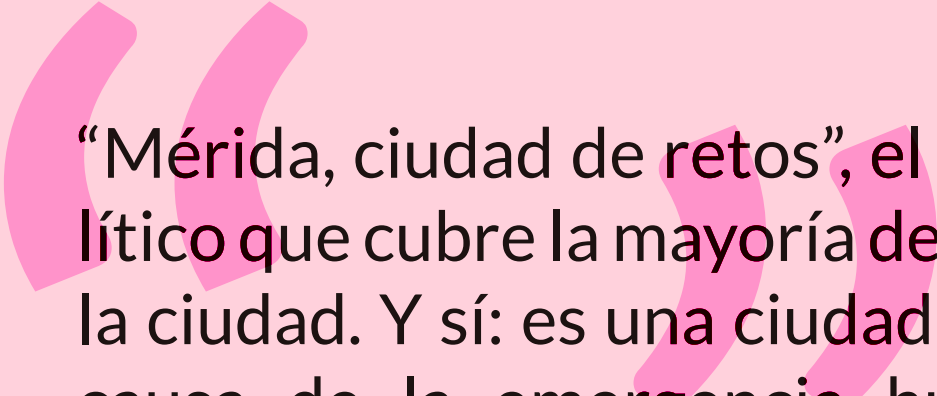




**“A TRAVÉS DEL
DRAGTIVISMO
ENCONTRE MI
ESENCIA COMO MUJER”
MARÍA ANGELA ARELLANO**

Fotografías: María Angela Arellano





“Mérida, ciudad de retos”, el slogan político que cubre la mayoría de las vías en la ciudad. Y sí: es una ciudad de retos a causa de la emergencia humanitaria compleja que atraviesa el país. La invaluable “ciudad de los caballeros” existe en un contexto conservador para con las personas LGBTIQ+; comentarios de discriminación, rechazo y señalamiento son parte del día a día de Victoria Dávila, una joven trans de 21 años que ha encontrado dentro de sí misma su esencia.

Ser una mujer trans en un país como Venezuela no es fácil ¿Dónde queda mi derecho a la identidad? Las personas a diario me gritan y me dicen cosas que sencillamente me cansé de escuchar. Soy Victoria Dávila, tengo 21 años y soy una mujer trans con mucho orgullo y estoy aquí para contar mi historia.

Desde pequeña siempre supe que había algo distinto en mí, no me identificaba con los gustos ni intereses de los otros niños... A medida que fui creciendo en Mesa Bolívar, un pueblo pequeño de la zona Mocotíes del estado Mérida, conservador y machista, me di cuenta que ese no era mi lugar.

Mi familia me recriminaba, también el entorno donde me desenvolvía, todos. Por esa razón se me hizo muy difícil explorar mi identidad: aún me faltaba por comprender muchas cosas.

Un pueblo como Mesa Bolívar, donde las calles son angostas, como el antiguo estilo colonial, el patriarcado como eje central de esta población hacía sentir a Victoria en un callejón sin salida bajo un contexto muy conservador y misógino durante toda su infancia y parte de su adolescencia.

Para mí todo esto fue muy complejo. Con el pasar del tiempo llegué al punto de creer que no era válida o que no estaba en un lugar correcto, me cuestioné infinidades de veces si realmente merecía existir.

Estar en el pueblo me hizo derrumbarme muchísimas veces. Esa sensación constante de no tener ningún tipo de valor como ser humano, encerrada en las cuatro paredes blancas de la casa de mis papás, allí no tenía mi propio espacio para poder expresarme... Una vivienda rural de dos habitaciones, una sala de estar y cinco personas conviviendo allí a diario... Mi mamá, mi papá, mis hermanos y yo. ¿Cómo podía sentirme a diario? Con los juicios de valor que hacían de mí, por mi forma de hablar o caminar... Lo cierto es que no sé cuánto tiempo más iba a aguantar viviendo así, encerrada y sin poder ser lo que soy ahora.

Caminar en las calles de Mesa Bolívar antes de mi transición era normal, el barro empañaba mis zapatos y en mi niñez solo me concentraba en jugar, aunque en el fondo sabía que todo podría ser diferente si me animaba a jugar otras cosas que no fueran de “varón”.

LLEGÓ LA PANDEMIA

Marzo de 2020. Las respuestas a todas mis dudas empezaron a llegar. Todo comenzó a mis 16 años cuando veía referencias por internet de mujeres trans, dentro de mí decía ‘esta soy yo’, pero a esa edad no lo terminaba de aceptar. El confinamiento me hizo analizar cada aspecto de mí y también entendí por completo mi forma de ser. A partir de ese momento abracé mi identidad y dejé de sentir pena por ello.

Mérida, en general, durante la pandemia, era un estado muy solo y con calles vacías, esto le impedía a Victoria regresar a la ciudad y la obligaba a estar encerrada las veinticuatro horas del día en casa de su familia en el pueblo fingiendo ser alguien que ya hace mucho tiempo no sentía que era.

Cuando no había nadie en casa, cerraba todas las ventanas y puertas, me ponía los tacones de mi mamá y las cortinas me las arreglaba como vestidos y comenzaba a hacer performance simulando que era una gran artista. En esos momentos me sentía más feliz porque estaba siendo libre.

Mostrarme como soy cada vez se me hacía más complicado, no podía tener privacidad para seguir explorando mi identidad, dormía en el mismo cuarto que mis papás en una cama individual junto a la de ellos, no tenía mi propio espacio y eso con el pasar del tiempo me fue cansando. En la cuarentena la convivencia cada vez era más difícil, a medida que veía más referencias de mujeres trans por vídeos de YouTube, comencé a maquillarme, a plancharme el cabello y a ser más yo. Eso no fue fácil para mi familia: me recriminaban cada vez con más comentarios que me hacían sentir muy mal... Me decían: “No eres niña, es solo una etapa, después lo entenderás”. Cosa que jamás fue cierta.

Mi única forma de escapar de Mesa Bolívar fue inscribirme en un seminario católico que queda aquí en pleno centro de la ciudad de Mérida, esa fue mi primera opción, hice todos los papeles, formalicé mi inscripción y pasé alrededor de unos seis meses recibiendo formación para ser un sacerdote. En medio de mi desesperación vi esta opción viable, porque allí me ofrecían techo y comida, no tenía por qué preocuparme por eso ni salir del lugar o buscar un empleo para mantenerme.

Mérida fue una opción para el principio de una nueva vida para Victoria y aunque en el primer intento no logró acoplarse, se preparó para comenzar a cambiar por completo.

Al final no aguanté porque allí sí estaba fingiendo ser alguien que no me representaba, renuncié y decidí regresar por un tiempo a Mesa Bolívar con mi familia, comprendí mi identidad y el día que abrieron las vías de transporte para la ciudad no lo dudé y decidí emprender mi nuevo camino hacia Mérida. Tomé un bolso con mis pertenencias y emprendí un viaje de una hora y media para construir mi futuro. En principio, me fui a vivir con mi mejor amigo en un lugar muy pequeño. Todo era difícil porque dormíamos en la misma cama pero estoy agradecida de que me ayudara cuando más lo necesité.

El siguiente reto para mí fue cuando busqué mi primer trabajo en el que hasta hace poco laboré. Comencé a ganarme la vida cuidando adultos mayores, a pesar de ser una mujer trans, las personas que me contrataron siempre fueron muy respetuosas conmigo. Al vivir lejos de ese trabajo de cuidado, me trasladaba en autobús. El recorrido variaba de uno a tres kilómetros de distancia aproximadamente y en ese momento no gastaba más de tres dólares semanales en pasaje, ya que tenía horarios establecidos de mi labor.

Mi vida universitaria comienza cuando me inscribí en la Universidad Nacional Experimental de las Artes (Unearte) para estudiar actuación. Con el pasar del tiempo cambié de opinión y comencé a estudiar radiología; allí ya voy bastante avanzada y me gusta lo que hago. Una de mis pasiones la descubrí cuando fui por primera vez al Centro LGBTIQ+ de Mérida y vi que era un semillero de oportunidades, así fue como descubrí el drag, mi espacio seguro y donde podía expresar libremente quien soy y deslumbrar al público con todo mi talento.

EL PUEBLO

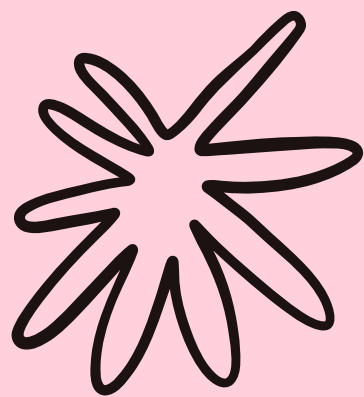
Volver al pueblo siempre ha sido duro. Luego de aceptarme como mujer trans, no dejé de estar en boca de mi familia. Cuando saqué mis cosas y me vine de lleno a vivir a la ciudad de Mérida mis primos siempre me contaban cosas como: “Ay, hoy fuiste tema de conversación de todas las tías porque te vieron maquillada en redes sociales”. Caminar por las estrechas calles llenas de tierra no era igual, no me sentía segura ni tranquila; ya percibía las miradas de desaprobación, incluso comentarios bastante desagradables que volvían la estadía más pesada.

Frecuento la casa de mis papás en Mesa Bolívar cada tres o cuatro meses y gasto aproximadamente 15 dólares ida y vuelta. Tomo un bus desde Mérida hasta El Vigía, que es una hora y media de distancia, aproximadamente son unos 70 kilómetros entre un municipio a otro y, al llegar a El Vigía, tomo otro bus hasta La Victoria que me sale en unos cuatro dólares y tardo 41 minutos en bus y son aproximadamente unos 25 kilómetros más.

La iniciativa del Movimiento SOMOS, una organización que vela por los derechos de la comunidad LGBTIQ+, abrió este espacio que se convirtió en un lugar seguro para todo el colectivo. Sus servicios psicológicos, jurídicos, alimentarios y de formación han beneficiado a 9373 personas en dos años.

El Centro LGBTIQ+, ubicado en la avenida 5 del centro de la ciudad de Mérida es hogar, es refugio y cariño para quienes lo necesitan en momentos difíciles. Pero también es un sitio para conversar, bailar y reír. Allí Victoria encontró su pasión. A pesar de que el ciudadano merideño es bastante conservador, el centro no ha sido irrumpido por LGBTIQfóbicos desde el año 2021 que fue abierto.

El drag me permitió crear un personaje que mejoró mis habilidades en la actuación, aprendí a editar audios y ahora somos varias dentro del movimiento en Mérida, hacemos shows en vivo con distintas temáticas y es muy divertido.



Mesa Bolívar mantiene un ambiente muy conservador, un pueblo muy pequeño que la señala por ser una persona del colectivo LGBTIQ+. Relata que no ha sido fácil cada visita además de lo expuesta que se siente al no contar con un servicio de transporte público que la lleve directamente a la casa de su familia.

Allí me quedo y pido alguna cola porque el transporte no llega hasta Mesa Bolívar, siempre arriesgo mi seguridad y mi tranquilidad, pasan hombres en camioneta que me gritan cosas como: “¿Qué eres niña o niño?” Y esto es parte de la travesía que padezco cuando voy de visita a mi pueblo natal.

LAS MUJERES TRANS TAMBIÉN SON ACOSADAS

Mérida, a pesar de ser una ciudad turística, no se escapa de tener una población con un pensamiento muy conservador. Miradas, gritos e incluso insultos son parte del día a día de Victoria, esta ciudad aún tiene arraigadas las costumbres heteronormativas y muy difícilmente se abre a recibir al colectivo LGBTIQ+ como parte de la sociedad merideña.

Como mujer trans he pasado por situaciones de acoso que no se las deseo a nadie. En los buses nunca faltan esas miradas juzgantes en mis trayectos cotidianos, así como comentarios fuera de lugar; por eso prefiero estar encerrada en mi mundo e ignorar mi alrededor.

En las calles del centro de la ciudad, cuando me ven maquillada, siempre me gritan cosas: “¿Qué eres?”, “el niño maquillado”. Ha sido bastante duro para mí lidiar con esos comentarios.

La otra vez un señor me siguió hasta el Centro LGBTIQ+, estaba muy insistente pidiéndome el número y que me tomara un café con él, yo caminé más rápido pero él aún así seguía insistiendo y yo me asusté mucho, subí corriendo las escaleras del centro LGBTIQ+ y él subió detrás de mí, le dije a Lucas, uno de los chef del Maricafé, que me ayudara y él salió a preguntarle al señor que se le ofrecía, el señor no le dijo nada, se dió la vuelta y se fue, para mí fue una experiencia horrible que no quiero que se repita. Las mujeres trans también somos acosadas.

SALIR DEL PAÍS

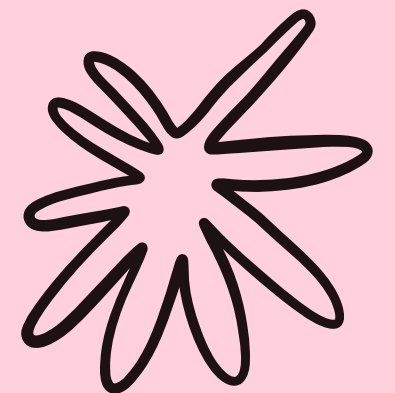
En noviembre del año pasado, la universidad me dio vacaciones por tres meses y yo decidí emprender nuevos caminos, trabajar un tiempo y regresar para invertir en mi pasión: el drag. Todo comenzó con una maleta y un pasaje para la Ciudad de Cúcuta del Norte de Santander en Colombia, hasta ahora ese ha sido el viaje más largo que he realizado en mi vida y una ida y una vuelta bastante perturbadoras.

Los guardias en las alcabalas me acosaban con preguntas y cuestionaban mi identidad; me retenían porque no coincidía con mi foto de la cédula; me revisaban, hacían que me quitara toda la ropa y me requisaron sin escrúpulos y de manera muy inhumana. Eso me hizo sentir muy incómoda.

Invertí 30 dólares, aproximadamente, en un viaje de casi cinco horas a unos 248 kilómetros de distancia. Un amigo me recibió luego de bajarme de un taxi que me cobró 2,5 dólares desde la parada del terminal García Herrero hasta su casa.

En Colombia las mentalidades son otras, pero con respecto a la comunidad LGBTIQ+, allá los sitios nocturnos parecen peleas de gallos, todo se manejaba como si fuera una especie de territorio, como si estuviésemos 20 años atrás. Las drags de allá se peleaban por quién entraba primero a la discoteca, estar pendiente que otra drag no te pegara porque ibas con peluca o maquillada y yo no entendía, justo me había ido porque pensaba que iba a tener libertad y fue todo lo contrario.

Trabajé como mesera durante tres meses. Me iba caminando a mi trabajo, me quedaba muy cerca y durante mi estadía logré reunir un dinero y me devolví para Mérida otra vez a estudiar y a seguir con mi vida aquí.



NUEVA VIDA EN LA CIUDAD DE MÉRIDA

Decidí buscar nuevas oportunidades aquí en la ciudad. Siento más libertad para poder expresarme, aunque la población merideña me señala, yo he decidido ignorar todos esos comentarios y seguir con mi vida, estoy feliz de que a pesar de algunos malos ratos que he pasado con el acoso callejero me he sentido como en casa en esta nueva vida en la ciudad de Mérida, riesgo que tomé en 2021 cuando la pandemia aún seguía latente.

Luego de dar esos primeros pasos y vivir un rato con mi mejor amigo, los frutos de mi trabajo me permitieron mudarme de sitio, actualmente vivo en la avenida 16 y estudio en Ejido. Todos los días tomo un bus hasta allá, que son 30 minutos de trayecto y unos 18 kilómetros aproximadamente. En total, mi gasto es de tres dólares ya que veo materias solo tres días a la semana. Vivo en una casa donde me siento segura. Los dueños de la residencia han sido muy receptivos y buenos conmigo, tengo mi propio cuarto y privacidad. Eso es estar completa para mí.

En mi cotidianidad cuando espero el bus la parada es cómoda: está techada y, bueno, al mismo tiempo, lidio con la gente ignorándola. Me pongo mis audífonos con mi música favorita y voy en mi mundo hasta llegar a mi destino.

Vivir de forma independiente me ha permitido encontrar formas de relajarme como lo es el drag; es mi punto de encuentro, mi pasión, lo que amo hacer. A través del movimiento he encontrado muy buenas amistades, amo invertir mi tiempo arreglando atuendos, maquillando, editando audios. O cómo peinar una peluca me hace recordar que he logrado muchas cosas en tan poco tiempo sabiendo de dónde vengo.

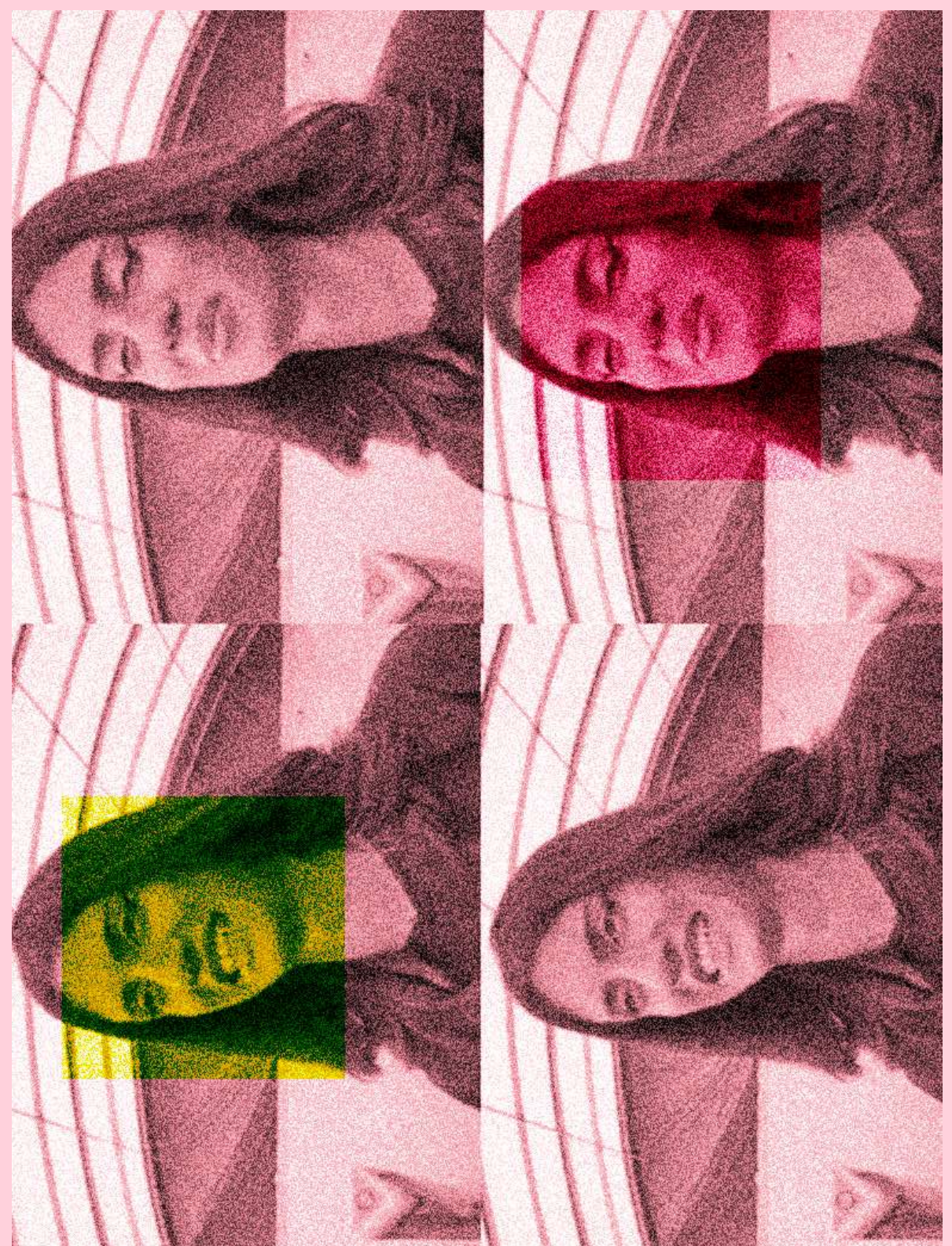
Otro punto de desconexión, y en el que tomo tiempo para mí, es estar rodeada de naturaleza, las plazas, lugares que me hacen relajarme, eso me hace reflexionar y ver todo desde otro punto de vista. También encuentro cobijo en las conversaciones nocturnas con mi compañera de cuarto, una de mis mejores amigas. Las dos llegamos, nos contamos todo lo que nos pasó en el día y compartimos un rato lindo antes de dormir.

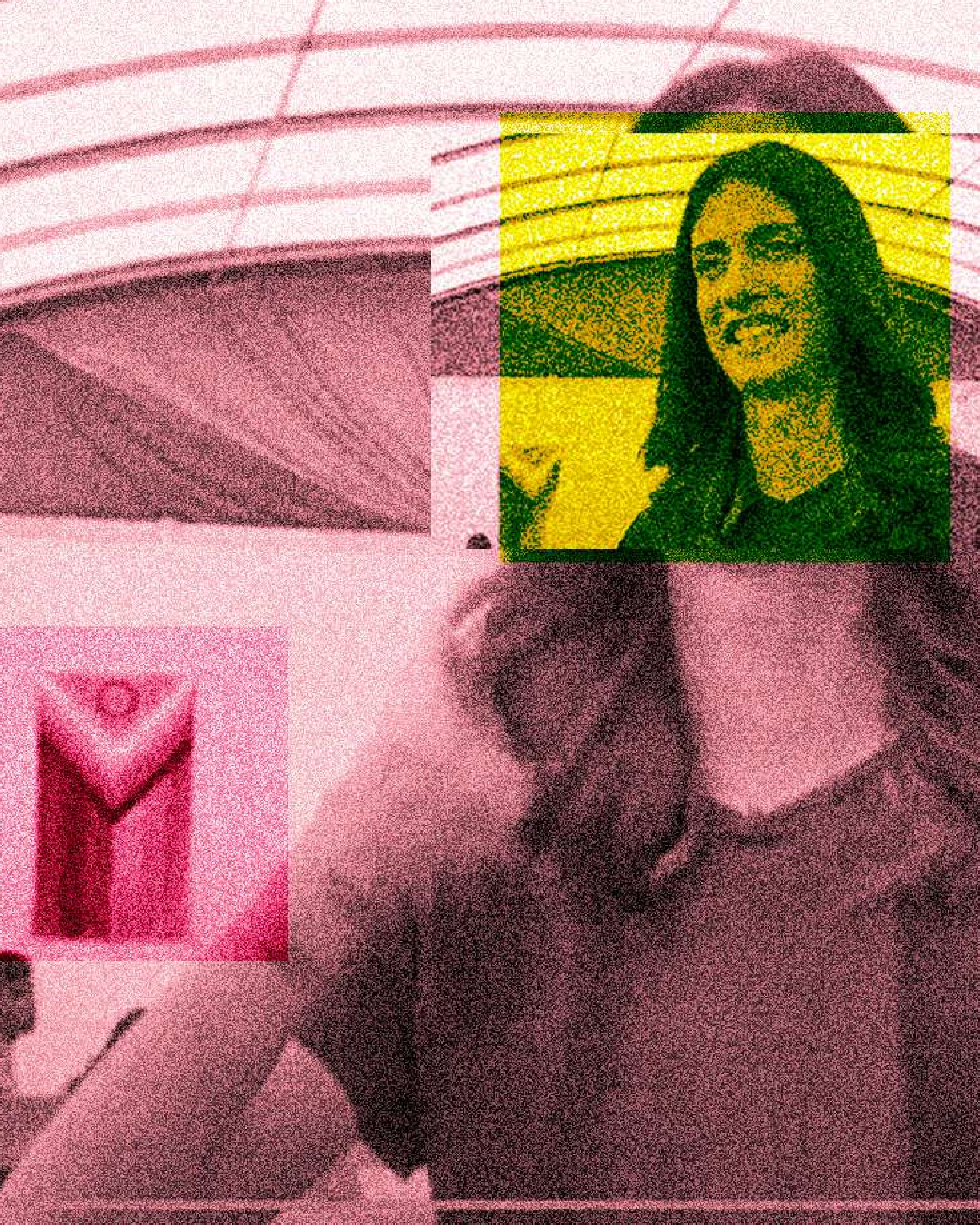
Donde vivo me llaman por mi nombre y me hacen sentir querida, la mamá de mi mejor amiga es una señora que está pendiente de mí, no se acuesta hasta que yo no me termine de arreglar para un show drag, me espera, me cuida y es uno de mis mayores soportes. La considero como una mamá para mí. Estas cosas me llenan de motivación para seguir haciendo lo que me gusta, en la actualidad vivo del drag y eso me contenta mucho.

El drag me permitió conocer muchos aspectos increíbles de mi vida: con tan solo ponerte una peluca ya estás haciendo activismo.

Expresarte y maquillarte como desees es una forma de hacer activismo también en el drag. Existe el mito de que las mujeres no podemos hacer drag, que solo lo pueden hacer los hombres cisgénero, gays, y eso no es así.

El drag está hecho para que todas las personas participen y quieran crear su personaje. No hay que cerrarse a que esto solo lo hacen los hombres. Soy más feliz desde que hago drag. Para mí es un estilo de vida.







**LOS
RETOS DE
UNA JOVEN
UNIVERSITARIA QUE VIVE Y ESTUDIA
EN CIUDADES DIFERENTES
MARÍA JESÚS
VALLEJO**

Fotografías: Resonalia

Ir a la universidad me hace sentir bastante motivada; pero cuando llega la hora del transporte... Llego muy cansada a mi casa, llego muy agotada. Quisiera ponerme a hablar con una amiga y no tengo energía. O quiero hablar con mi novio y estoy, de verdad, súper exhausta. No tengo mente para más nada, solo para estar sentada viendo un punto. Trato de ser bastante gentil conmigo porque me puedo estresar muy fácilmente en la calle, entonces llego y me baño, estiro mi cuerpo, medito o escribo. A veces dormir es lo más complicado porque me pongo a sobrepensar en un montón de cosas que tengo que hacer al día siguiente, o las cosas que dejé pendiente, o que el tiempo no me rindió.

Daimar Aguilera tiene 21 años, estudia sociología en la Universidad Central de Venezuela y vive en Guatire, una ciudad del estado Miranda ubicada a 40 minutos de Caracas. De las horas que puede utilizar en el día, pasa cerca de seis en el transporte público, uno que falla, en el que experimenta violencia machista y cuyo gasto mensual supera el salario mínimo. Vive con su mamá y su abuela. Aunque la cotidianidad puede ser muy dura, sus dos gatos y un perro la reconfortan al llegar a casa. Cuenta su historia en su propia voz y su relato es un reflejo de lo que significa ser una estudiante universitaria en Venezuela.

LA RUTINA

Cuando estoy de vacaciones, usualmente me levanto a las cinco de la mañana porque mi gato me despierta. Después trato de dormir o si no, me pongo a ver cosas en el teléfono. Susalgo a comprar, cerca de aquí; . No subo mucho a Caracas, a menos que sea por la universidad, por el costo del pasaje.

Paso tiempo aquí en la casa haciendo aseo, cosas cotidianas o estando con los animalitos. Y ya.

Cuando tengo clases, depende del horario. El semestre pasado tuve clases a las siete, entonces tenía que pararme a las cuatro, salir de aquí a las cinco y media para agarrar las primeras camionetas que bajan a Guatire, para después agarrar una camioneta a Caracas. Esas me dejan en Plaza Venezuela, entonces lo único que tengo que hacer es caminar un par de cuadras hasta la universidad. En resumen, tengo que agarrar dos autobuses de ida y tres de vuelta. A la semana gasto como 10 dólares en pasaje. Yo solía usar el metro, pero por miedo a que pueda pasar algo ya no lo agarré más.

Considero que es inseguro salir tan temprano. Hubo una oportunidad, no fue para la universidad, pero salí muy temprano con mi mamá y nos robaron en la camioneta hacia Caracas. Bueno, por lo menos ahorita pusieron luces en las calles, pero antes, en todo el trayecto había que si dos.

Daimar gana dinero cuando hace algún diseño publicitario o “ayuda a la gente con cosas” y le pagan. Pero la responsable principal de sus gastos es su mamá. También la ayudan su novio y algunas amistades. En Caracas, suele quedarse a dormir en casa de su hermana, lo que le facilita el traslado a la universidad.

Por sus estudios, no puede asumir un trabajo, ni siquiera, de medio tiempo. La falta de ingresos propios también limita sus actividades. A veces sale con su novio.

LA LIBERTAD

Estando en Caracas salgo más porque puedo movilizarme fácilmente. O sea, no tengo que agarrar dos camionetas para llegar a algún lugar. También pasa que en Guatire... no sé, no me gusta mucho, o sea, me siento más cómoda en Caracas. Y aquí en Guatire, bueno, no hay muchos sitios para estar: no hay bibliotecas, no hay espacios, si acaso está el río. Me gusta ir cuando no hay mucha gente.

Yo soy una persona bisexual y me considero también no binaria, entonces, por lo menos aquí en mi casa, ya con el hecho de ser bisexual es como... en Caracas puedo compartir con amistades que también forman parte de la comunidad y puedo salir a espacios que también estén relacionados a eso; puedo, tal vez, vestirme con más libertad. Aquí en Guatire me siento encerrada.

Daimar vive con su abuela y su mamá. Parte de su familia está en Táchira; otra, en Aragua. Su hermano mayor vive en Francia y otros parientes, en Perú.

Además, en casa tiene la responsabilidad de cuidar a sus dos gatos y a un perro. Para ella, es complicado mantenerlos por el costo que implica su alimentación, aunque no duda en afirmar que son su lugar seguro.

Guatire, la ciudad en la que vive, es conocida como una ciudad dormitorio: las personas trabajan en Caracas y van a sus casas a pernoctar para pernoctar. Aunque está a 40 minutos de la capital, en el estado contiguo, hay una desconexión entre ambas ciudades, como si se tratara de una frontera transnacional.

Daimar cuenta que sus amistades, y hasta su novio, perciben ese lugar como algo que no se parece para nada a la idea de ciudad: lo imaginan como un terreno baldío en el que solo hay maleza, algunas casas y un río a lo lejos.

EL VIAJE

Siendo estudiante universitaria es muy sofocante vivir tan lejos. Porque puedes pasar todo el día estudiando, entonces tardas dos horas en llegar, en casa tienes cosas que hacer, pero no te dan ganas y lo dejas para mañana. Es como un ciclo. No tengo tiempo para nada.

Me molesta tener que levantarme tan temprano y que todo sea tan hostil desde que salgo de mi casa. La gente se queja mucho del precio del pasaje y a veces tardamos en salir (a Caracas), porque algunas personas no quieren pagar.

Pero es que sí es complicado. Lo entiendo. Me parece que están súper exagerados. O sea, de verdad pagar siempre para ir a Caracas un dólar... me molesta mucho. Porque si he visto como personas que no tienen para pagarlo y le dicen al chofer si les puede hacer el favor, usualmente son de la tercera edad, y lo que hacen es maltratarlas. Y me hace sentir muy impotente. A mí también me ha tocado pedir la cola, pero afortunadamente los choferes de esa línea me conocen.

Luego de la pandemia, Daiimar percibe que hay más autobuses, lo que le permite movilizarse en menos tiempo. Antes, podía pasar hasta dos horas esperando por una camioneta. Pero también cree que las unidades están más deterioradas.

Además, Daimar identifica violencia en las calles. Personas desconocidas, sobre todo hombres, le hacen comentarios desagradables acerca de su cuerpo y su cabello afro. El acoso callejero comienza a operar desde que sale de su casa.

LA INTROSPECCIÓN

Yo no sé cómo mencionar esto. Es que mi mamá tiene cáncer de seno. Eso es reciente. Se lo diagnosticaron en diciembre. Por eso he estado mucho más estresada en buscar trabajo por mi cuenta para que ella no tenga que... Porque ella trabaja desde casa, sin embargo, es frustrante porque no quiero que esté haciendo nada ahorita. Empezó el tratamiento y ha estado malita. Yo he pensado 'no, chico, qué voy a estar estudiando yo, me voy a poner a trabajar'.

A25

Am



Y mi mamá dice 'mira, no'. O sea, ella es la primera que me dice que no quiere que yo deje de estudiar. Ella es la que más me ha mostrado apoyo. Porque mi familia es del tipo 'ay, sí, porque la inútil esa lo único que hace es estudiar y no está trabajando. Mira la mamá, que está enferma. Y sociología, ¿quién conoce sociología?'

Claro, mi mamá es jubilada de la alcaldía de Guatire, entonces le han costeado exámenes y esas cosas. A mí me frustra que solo la ayudo aquí en la casa, pero no económicamente. Estoy intentando cambiar mi perspectiva con respecto a todo esto de sentirme encerrada y pienso cómo, más bien, puedo aprovechar el tiempo estando aquí; no verlo tanto como encierro, sino que, bueno, puedo sentarme, tal vez estudiar más tranquila, aprovechar que estoy aquí con mi familia y con los animalitos. Y ya.

Sé que puedo sonar muy cursi, pero en los días malos, rescato la posibilidad de observar la naturaleza; puedo estar muy estresada, tener la mente en mil cosas, pero si me detengo a ver un árbol o el cielo, me siento presente, vuelvo a mí. También me calma salir a caminar con mi novio o con amigos. Y a veces cuando llego aquí a la casa, tener a los animalitos; me reconforta mucho eso. A veces quiero tirar la toalla y puedo volver a mí gracias a mis amigos y a mis animalitos.





**VAYA,
PARA YO
DECIR QUE
USTED ES MI
HIJA
ISMAR LINARES**

María Fernanda Rivera creció en Timotes, un pueblo del estado Mérida, en los Andes venezolanos. Siempre quiso terminar una carrera universitaria y su familia, aunque ha encontrado diversos obstáculos en el camino, no ha dejado de apoyarla para que lo logre. Ismar Linares, su compañera de clases en la Universidad de Los Andes, ha visto de cerca ese esfuerzo y cuenta su historia para el Semillero de Narradores.

María Fernanda Rivera no es la típica estudiante de comunicación social, extrovertida y conversadora. Tampoco se ajusta al estereotipo que la costumbre les ha impuesto a las muchachas de su pueblo: eso de entregarse desde muy jóvenes a atender a un esposo, a llevar una casa y a criar hijos. Ella, la mayor de dos hermanas, desde siempre quiso estudiar hasta completar una carrera universitaria.

Tiene 22 años. Es de estatura mediana, tal vez 1,60 centímetros, y suele vestir con blusa y jeans, zapatillas o botas medio coloridas. Siempre recoge su cabello negro en una cola. No es distinta a cuando llegó al núcleo Trujillo de la Universidad de los Andes (ULA), en el occidente venezolano.

Apenas sus compañeros la vimos, supimos que venía de alguno de los pueblos cercanos. Lo decían sus mejillas semicoloradas. Venía de Timotes, una pequeña localidad del vecino estado Mérida: de estar rodeada de montañas y siembras de hortalizas, de aspirar a cualquier hora del día el olor a café tostado, de comer las arepas de trigo recién hechas.

Para ella, estar en la ULA era un sueño y la vez un reto. Significaba librarse del destino, de una vida sin perspectivas de crecimiento.

Cuando María Fernanda apenas era una niña que no entendía mucho el porqué de lo que pasaba, pero ya tenía suficiente consciencia como para recordarlo después, sus padres decidieron irse de Timotes a Pie de Sabana, una localidad del municipio Carvajal, en el estado Trujillo, a menos de 20 minutos por carretera de Valera, en busca de mejores condiciones de vida y educación para las hijas. Su padre tenía allí un empleo como chofer.

Al tiempo, la salud de su papá se vio afectada por una bacteria. Tan serio era su estado que no pudo conservar el empleo y se vieron forzados a regresar a Timotes, preocupados por no saber qué hacer, qué comer, cómo salir de aquella difícil situación.

Para María Fernanda, aquella mudanza fue una gran desilusión. En Pie de Sabana había estudiado en la escuela y ahora volvía a un pueblo donde ya no tenía relaciones, justo cuando estaba por comenzar una nueva etapa de su vida: el primer año de bachillerato. Era una experiencia que se imaginaba junto a sus amigos de siempre. Ahora, en un lugar conocido y al mismo tiempo desconocido, el futuro era para ella una travesía que no sabía cómo andar. Además, lo habían perdido todo y debían volver a empezar.

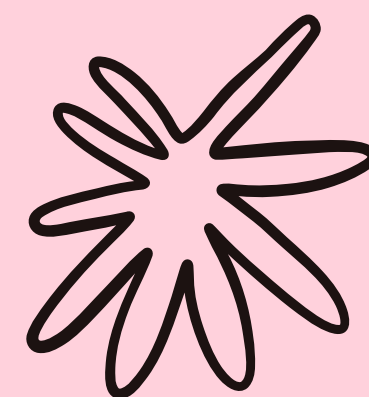
Nuevos amigos, nuevo colegio y una situación económica familiar donde los platos de la mesa no se llenaban completos. Sacrificar una comida por otra, un desayuno por una guía para la clase, fue parte del proceso de adaptación. Era la forma como la familia resistía mientras el padre trataba de recuperar unas tierras en la montaña y las ponía en condiciones para cultivarlas. Para ello, día tras día, en pie desde las 4:00 de la mañana, debía emprender un camino de hasta dos horas.

**Mientras, María
Fernanda hacía
su parte: iba sin
falta al liceo.**

Y valió la pena, porque se graduó. En 2016, el proceso nacional de admisión universitaria la ubicó entre los seleccionados para iniciar ese año los estudios de comunicación social. María Fernanda, desde luego, se alegró mucho.

Los últimos tres años todo había ido bien: las cosechas del papá se estaban produciendo, y sus aspiraciones se iban cumpliendo. Pero 2016 no sería un buen año. Pronto todo eso pareció venirse abajo. El incremento del precio de las semillas, fertilizantes y otros productos para la siembra los volvieron incomprables. La inflación crecía cada vez más, la situación del transporte se había agravado y la universidad, que está entre las montañas andinas, entraría en un paro de seis meses.

Su papá vendió lo que quedaba. Lo hizo sobre todo con la esperanza de que su hija no dejara de estudiar. Su esposa le preguntaba cómo iban a hacer con la residencia que tenía que pagar la joven mientras cursaba su carrera en Trujillo, la comida, la ropa. María Fernanda trataba de tranquilizar a su madre, le hacía ver que no necesitaba de mucho para salir adelante.



Todo estará bien, mamá, usted sabe que yo soy muy sencilla.

Lograron resolver el asunto de la residencia. Y su mamá invirtió sus ahorros en una promoción de blusas que servirían para que ella pudiera usar una diferente cada día de la semana para ir a la universidad. A María Fernanda eso realmente no le importaba, pero a su madre sí.

Así comenzó las clases. Y la rutina de cada lunes era levantarse a las 4:00 de la mañana, alistarse, esperar una cola en la vía —o a que por suerte pasara una buseta— para llegar, de Timotes, directo a la clase de las 8:00 de la mañana. Hasta que el viernes regresaba al hogar con su familia, para pasar allí el fin de semana.

El día en que salió a su primer encuentro con la nueva vida, solo llevaba un bolso con lo necesario, como algunas arepas “con sabor a amor de madre”, suficientes para el desayuno, el almuerzo y la cena de la semana. Era todo con lo que contaba.

Se encontraría con que, en el núcleo de la ULA, la delincuencia hacía de las suyas una y otra vez. La deserción estudiantil comenzaba a incrementarse. El comedor de la universidad apenas funcionaba. No había transporte. Y las protestas eran hasta dos veces por semana.

Vinieron días duros. Ponerse botas los martes y los jueves, ir dispuesta a entrar corriendo y salir corriendo; ver enfrentamientos entre la guardia nacional y los policías contra los estudiantes, y hasta saltar algún árbol que servía como barricada.

En 2017 comenzó el nuevo semestre y María Fernanda no apareció. Una semana después, temíamos que le hubiese pasado algo. No lo sabíamos, pero mientras tanto, en su casa, su papá volvía con las mismas palabras que le dijo cuando parecía que no iban a poder costear su permanencia en la universidad:

Yo quiero que usted estudie, para que sea alguien en la vida y no la humillen como a mí me han humillado.

En ese entonces, en cualquier calle venezolana corría la sangre de los manifestantes, entre los cuales se contaron 150 asesinados en las protestas por la instalación de la Asamblea Nacional Constituyente. Día a día, crecían tanto la diáspora de los venezolanos como la deserción estudiantil. Fue en ese contexto que María Fernanda decidió abandonar la carrera. Porque además las condiciones en casa habían empeorado.

—Lo mejor es que yo trabaje. Ya no podemos —dijo.

—Mija, no puede dejar de estudiar.

A las palabras de su papá se oponían las de algunos parientes, incluso unas tías. “¿Para qué va a estudiar hija, de qué le va a servir?”, “Aquí no le falta nada. Es mucho sacrificio, no va a poder”. En ese dilema estaba cuando a la voz de su papá se sumó la de un compañero que supo que María Fernanda no quería volver.

—Chama, no puedes dejar la carrera. Ayer lo estaban hablando, los profesores te pueden ayudar y los muchachos también.

Intentarlo una vez más podía funcionar, pensó cuando recordó que alguna vez una profesora le dijo: “Yo sé que usted tiene potencial”. Y vinieron a su mente las palabras que se dijo a sí misma en ese momento: “Yo vine fue a estudiar, y no tengo que estudiar por estudiar”.

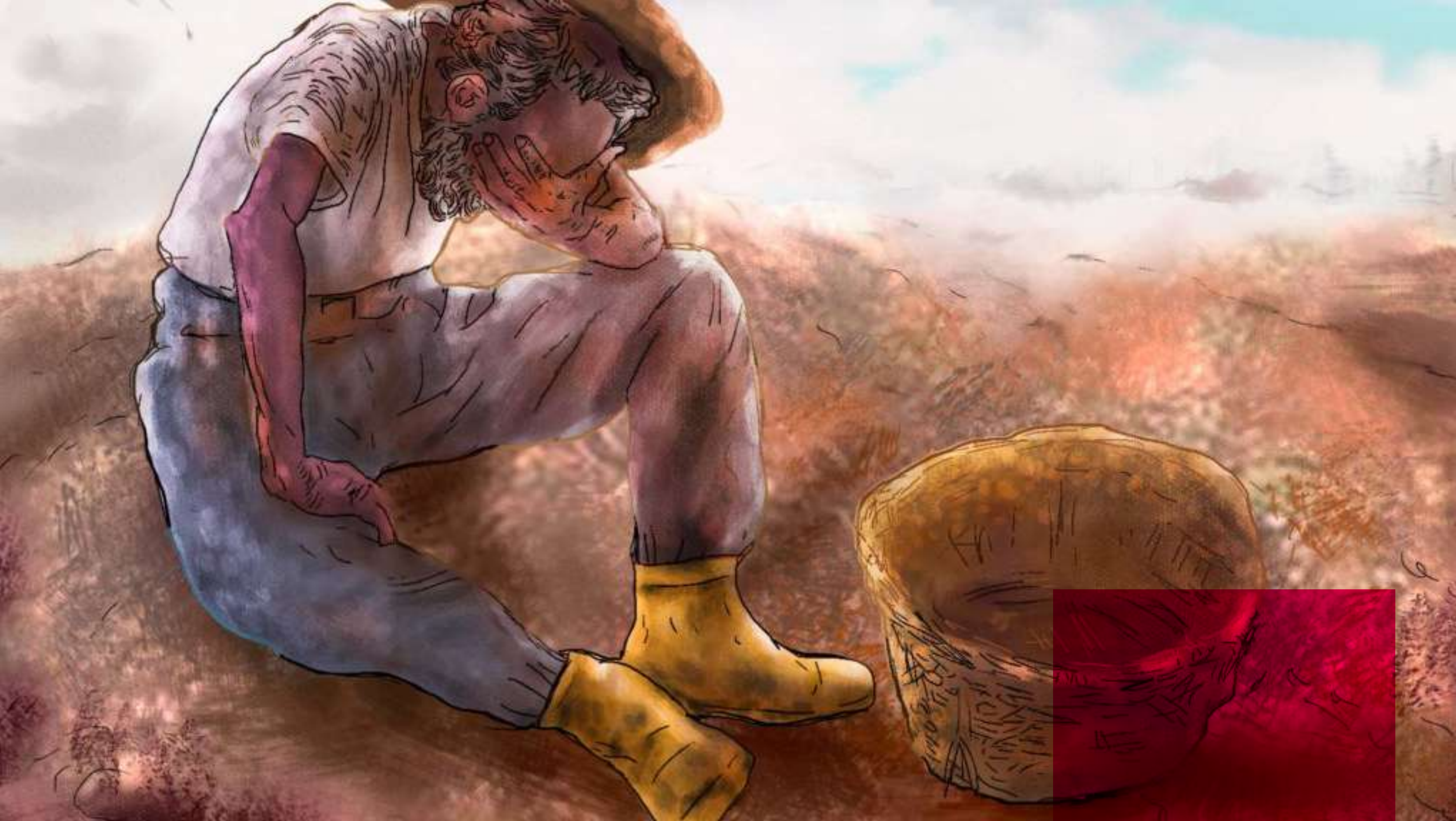
Y volvió.

Lo hizo con la idea de darle a su esfuerzo un propósito más allá de cumplir con sus estudios. Y con su regreso a la vida que había escogido, inició una nueva aventura: incursionar en el mundo de la radio, en la 99.3 FM, que se escucha en la Mesa de Esnujaque y Timotes.

Lester, el mismo amigo que la llamó para decirle que no podía abandonar la carrera, la recomendó en la emisora y la recibieron como “acompañante” en un programa. Tenía que estar allí los viernes a las 7:00 de la noche. Para eso tenía que salir corriendo de la universidad a conseguir transporte hasta Timotes, que está a hora y media de Trujillo.

—Vaya, para yo decir que usted es mi hija.

Esas palabras de su papá terminaron de animarla a decir que sí. Poco después la ubicaron también en un programa los domingos a las 7:00 de la mañana. Así fue perdiendo la pena que le daba hablar al aire.



Ocurrió que en el pueblo, y en el transporte público, empezaron a reconocerla cuando hablaba. Y le pedían que contara la realidad que vivían: “Di por la radio lo que nos están haciendo, cómo nos tienen... horas y horas en la cola de la gasolina”.

La gente comenzó a llamarla “La voz dulce de la Mesa”.

Comenzó a entrevistar a la gente, a hacer reportes a través de notas de voz usando el teléfono que le prestaba Lester. Y aunque la economía de la casa sigue complicada, María Fernanda está convencida de que todo tendrá su recompensa.

—Ver cómo mis papás creen en mí y todo lo que han hecho me motiva a seguir. Yo sé que quiero y puedo —dice.





**SIETE
MUDANZAS,
SIETE CAMAS Y UNA MALETA
DIFÍCIL DE CARGAR.
JUSHEDITH VENALES**

A sus 19 años, Jushedith Venales dejó su casa en Carúpano, estado Sucre, para mudarse a Puerto La Cruz, Anzoátegui, con el sueño de estudiar Comunicación Social. El hambre, mudanzas y limitaciones económicas, la llevaron al límite de sus fuerzas, pero una ayuda inesperada le dio un giro a las cosas.

Fotografías: Álbum familiar

“Se iniciaron los juegos del hambre”, pensé en aquellos días a inicios de octubre de 2018. La diferencia es que entonces no tenía que luchar contra nadie, sino con mi mente. Dormir era mi única alternativa para mitigar la sensación de hambre. Despertaba, me cepillaba los dientes, me bañaba, tomaba agua y me volvía a acostar.

La lucha estaba en mi cabeza, ahí con mis pensamientos. “No debo preocupar a mis papás. No pienses en eso, la mente controla el cuerpo. Vamos, duerme un rato más”, me repetía una y otra vez.

207 kilómetros me separan de mis padres, de la casa familiar en Carúpano, de todo lo que amo. La distancia me hace extrañar muchas cosas: la taza de café que me servía mi madre cada mañana, el beso diario que me daba en la frente, su bendición cuando todavía estaba en la cama y se asomaba a saludarme. “Hija, ¡buenos días! El café con leche y el pan están en la mesa, ya son más de las 10:00 de la mañana”. Era su perfecta estrategia para que me levantara cuanto antes, porque en realidad el reloj aún marcaba las 8:00.

Nada como estar en el hogar. Lo extraño todo, hasta lo que menos pensé.

Para unos, las maletas son el inicio de un camino; para otros, el final. A mis 19 años, en 2015, decidí irme de Carúpano a Puerto La Cruz para estudiar Comunicación Social, la carrera que me ilusionaba cursar. Me inscribí en el núcleo de Oriente de la Universidad Santa María. Emocionada como estaba, no tenía idea de lo que debía enfrentar al tomar aquella decisión. Hice mis maletas con mucho afán: las equipé de ropa y de sueños, esperanzas y metas. Sería periodista.

En 2016 mis padres, ambos educadores, todavía podían pagar la matrícula universitaria y la residencia estudiantil. Pero en algún momento de ese año la situación económica para la familia comenzó a ser distinta. La crisis se instaló en toda Venezuela como un organismo que trastoca todo a su paso. Con pesar, mis papás abandonaron sus puestos como docentes, pues se vieron ante el absurdo de que el sueldo que les pagaban apenas les permitía cubrir el pasaje para ir a sus lugares de trabajo.

En consecuencia, ya no contaba con su apoyo financiero. Y cuando pensaba en la posibilidad de seguir estudiando en Puerto La Cruz, lo que se dibujaba en mi horizonte era una gran interrogante.

Mi vida cambió mucho desde que llegué a Puerto La Cruz. Comencé a mudarme con frecuencia. En seis semestres habían sido siete mudanzas. Siete cuartos. Siete camas. Siete zonas diferentes de la ciudad. Lo único que no cambiaba era el contenido de mis maletas que mantenía sin deshacer. Prefería no desordenarlas porque, pensaba, las esperanzas y los sueños seguían ahí.

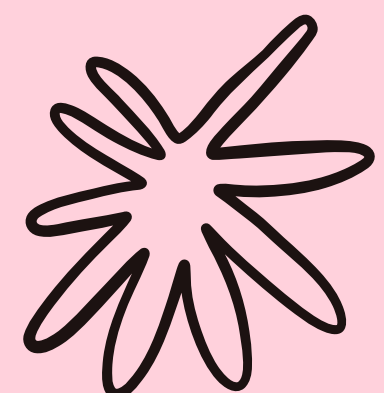
Recuerdo que cuando cursaba el primer semestre de la carrera conocí a Gabriel Rodríguez, quien entonces tenía 31 años. La solidaridad siempre ha sido una de sus cartas de presentación; es un hombre educado, justo, que piensa en grande, con una gran disposición a ayudar a los demás. Apuesta a esas personas que –como él– perseveran, creen y tienen sed de aprender, de crecer. Nuestra amistad fue consolidándose en los pasillos de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Santa María, donde coincidíamos varias veces al día.

Una vez Gabriel me comentó que estaba alquilando una habitación de su apartamento, y desde ese momento me convertí en su inquilina. Allí viví un par de años hasta que me mudé. Porque a pesar de que me cobraba un monto más bien modesto, a mis padres se les hacía cada vez más difícil ayudarme a afinanciar mis gastos.

Me fui a vivir a casa de una amiga que me había ofrecido su cuarto mientras resolvía mi situación y conseguía mudarme a un lugar económico. Ella estaba fuera del país, y me dejó en aquella casa con su abuela y una tía. Pero volvería a Venezuela y cuando eso ocurriera debía irme.

Los días se fueron volviendo grises, mis pensamientos se nublaban y mis metas se veían borrosas: sentía que ya no podía más. Es difícil tener que pasar por tantas cosas solo por querer graduarse. Me repetía a diario que no era justo.

Pero no dejé de creer, de seguir: había viajado con un propósito. Quería lograrlo y mis buenas notas lo reflejaban.



Llegó octubre de 2018. Ya estaba en el séptimo semestre, y encontrar una habitación seguía siendo un problema. Y, a pesar de que mientras tanto tenía aquel cuarto, vivía con las preocupaciones por la comida, el transporte. Estaba desesperada. “¿Será que puedo seguir?, ¿voy a lograrlo?”. Esa preguntaba me atormentaba todos los días al punto de hacerme llorar. Estaba cansada, a punto de renunciar, abatida ya por el agotamiento y el hambre.

Un día me levanté de la cama, fui al baño y me lavé la cara. Ya no sabía si lavaba mi rostro o eran mis lágrimas. Estaba hinchada de tanto llorar. ¿Por qué me tocó vivir en esta situación? Sentía que mi cabeza iba a explotar de tanto pensar, tratando de encontrar una salida. Porque sí, había una solución, pero no la quería aceptar: devolverme a Carúpano.

Pero tuve que aceptarla. Entonces, tomé el teléfono y le escribí a Gabriel.

“Hermano, ¿será que me puedes llevar mañana al terminal? Si quieres me buscas hoy, y mañana al ir al trabajo me llevas. Ya no puedo más”.

A esa hora era imposible encontrar un carro para viajar a Carúpano y volver a casa con mi familia.

La respuesta de Gabriel fue inmediata: “¿Paso algo? Cuenta conmigo. Arregla tus cosas, que en un rato paso por ti”.

En ese momento, mientras esperaba a Gabriel, trataba de darme ánimos: “Tranquila, hiciste lo que pudiste; por ahora la situación pudo contigo. Pronto regresarás y lo lograrás”.

A las pocas horas Gabriel me pasó buscando. Al llegar, me dijo que no dejara las maletas en el carro, que las subiera al apartamento, por si necesitaba sacar algo de allí.

Llegamos al tercer piso, apartamento 9C, que había sido mi casa por dos años.

—Hermana, este es tu cuarto, arregla tus cosas. Tú no te vas sin graduarte.

Sentí que las esperanzas, los sueños y la gratitud se transformaron en un grueso nudo en mi garganta.

Desde ese momento tengo cuarto propio. Gabriel se ha encargado de equiparlo hasta con una computadora que reparó para mí. Es ese hermano mayor que no tengo.

Ya estoy en el noveno semestre de la carrera y solo sueño con tener en las manos ese título por el que tanto me he esforzado. Entonces habrán valido la pena todas las veces que me he mudado, los días en que me obligaba a dormir para no sentir hambre, las noches que solo eran para pensar y llorar. Mi mayor deseo es que llegue ese momento en el que el sacrificio rinda sus frutos.

Hay trechos del camino en los que las maletas con nuestros sueños, esperanzas y metas se nos hacen más pesadas, casi imposibles de cargar; cuando reciba mi título quiero decirle a Gabriel que sin su ayuda yo no hubiese podido cargar mis maletas y no hubiese llegado a la meta. Una meta que ahora veo más cerca. Y eso me emociona, como cuando salí de Carúpano hace unos años.

Como cuando era otra.



